

# CRISTIANDAD

Año XVIII - Núm. 364

BARCELONA

JUNIO 1961

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depto. legal. B. 15.860-1958

## «A LOS TRABAJADORES DE TODO EL MUNDO»

Discurso de S. S. JUAN XXIII

(14 Mayo 1961)

Os ha reunido el recuerdo de un gran Papa y de una carta; de una carta que en su tiempo escribió y envió a todo el mundo, y no sobre un tema de acostumbrado ministerio pontificio, como sería para estímulo y devoción de piedad cristiana, sino precisamente en materia doctrinal y práctica sobre el trabajo del campo y de las fábricas, sobre el trabajo de cuantos emplean sus energías humanas, brazos, cabeza y corazón, cuerpo y alma, para sostener su vida, para prosperidad y aumento de riqueza de todo el mundo.

El humilde Papa, su sucesor, que os habla, era un muchacho de diez años en 1891, pero recuerda muy bien que en su parroquia y vecindario las palabras iniciales de aquel documento *Rerum Novarum* (cursábamos entonces los primeros años de latín) eran repetidas en las iglesias y reuniones como el título de una enseñanza no improvisada, desde luego, sino antiquísima, como el Evangelio de Jesús Salvador, y presentada en aquel mes de mayo de 1891 con una luz nueva y más adaptada a las actuales circunstancias del mundo. Se trataba de cuestiones y situaciones recientes, sobre las cuales cada uno quería exponer su opinión, y muchos erróneamente, provocando peligro de confusión y tentación de desorden social.

### La enseñanza secular de Pedro viviente

El Papa León XIII, Pontífice admirable, quiso extraer de los tesoros de la enseñanza secular de la Iglesia la doctrina justa y santa, la verdad que ilumina para dirigir el orden social conforme a las necesidades de su tiempo.

Aquella Carta-Encíclica *Rerum Novarum*, situándose con gran valentía, al mismo tiempo que con claridad y decisión, sobre todo entre las relaciones diferentes de los campesinos y obreros, llamados proletarios, por una parte, y los propietarios y empresarios, por otra, indicaba que era indispensable restablecer las razones de la justicia y equidad en beneficio y provecho de unos y otros, invocando como necesarias tanto la intervención del Estado como la acción honrada y leal de los interesados, trabajadores y empresarios.

Así, pues, la *Rerum Novarum* fue una primera llamada grande y solemne en este orden de principios que impresionó un tanto a todos y que, aun limitando entonces su

alcance a la cuestión obrera en el ámbito de las relaciones antedichas, tuvo el mérito de abrir horizontes tanto más luminosos cuanto que su luz e irradiación provenía de la doctrina purísima de la Santa Iglesia Católica y de sus fuentes inagotables, que son el Antiguo y Nuevo Testamento.

Los cuarenta años que transcurrieron desde la primera difusión y penetración de esta doctrina, es decir, desde 1891 a 1931, estuvieron marcados por acontecimientos tan impresionantes, complejos y a veces violentos; las diferencias de desarrollo e intermitentes luchas de clase y pueblos, provocadas por la primera guerra, se obscurecieron y amenazaron de tal modo que sugirieron a la vasta y luminosa inteligencia y al corazón esforzado del Papa Pío XI reanudar el diálogo de la Sede Apostólica con el mundo del trabajo dando a conocer mejor la doctrina social de la Iglesia en relación con las nuevas posiciones impuestas en lo sucesivo por las conquistas del ingenio humano, el progreso de las nuevas técnicas, perturbadoras de las formas tradicionales penosas para la mismas masas trabajadoras del campo y de las fábricas.

### De León XIII a Pío XII

Y he aquí que entonces apareció como una llamada y desarrollo más amplio de los fundamentos de economía social establecidos por la *Rerum Novarum* otro documento pontificio con el título de *Quadragesimo anno* para señalar los pasos que dar, siempre a la luz de los principios cristianos, a las nuevas experiencias, a las nuevas relaciones de cooperación mundial de trabajadores, familias y naciones; para indicar el camino, es verdad, pero también para alentar y encauzar su feliz y provechoso progreso.

También estas enseñanzas del Papa Pío XI con la *Quadragesimo anno* produjeron gran alegría.

Aun circunscribiendo el estudio y solución de los nuevos y grandes problemas al ámbito de la industria, el horizonte de la cuestión social se dilataba y resplandecía. Así ocurrió con la precisión y relieve más claro que dio al trabajo, a la propiedad, al salario en relación con las exigencias del bien común; naturalmente, bajo el aspecto social. En la cúspide estaba siempre el principio supremo que regula toda relación, a saber, no la concurrencia libre

y desenfrenada ni la prepotencia económica, ambas fuerzas ciegas, sino las razones eternas y sagradas de la justicia y de la caridad.

Ahora bien, no pueden satisfacerse las exigencias de la justicia si la sociedad no se reorganiza mediante el restablecimiento de cuerpos intermedios con fines económico-sociales.

Una poderosa e importante consecuencia puesta de relieve por la *Quadragesimo anno* fue el paciente e incesante estudio de la colaboración entre las naciones grandes y pequeñas.

Y en este punto queremos, queridos hijos, rendir también homenaje, después de los Papas León XIII y Pío XI, a la sagrada y bendita memoria del Padre Santo Pío XII, el cual, siguiendo igualmente las huellas de la *Quadragesimo anno*, iluminó con su valiosa doctrina los diferentes sectores de la sociología, de los que tuvo que ocuparse en relación con la estructura interna de cada comunidad política, así como de sus mutuas relaciones en el plano internacional.

Con frecuencia su palabra, hablada o escrita, fue una doctrina de circunstancias caracterizada por su amplitud de horizontes alcanzados o descubiertos. Pero ¡qué tesoros en esos volúmenes que despiertan nuestra admiración y veneración, como colección siempre digna de consulta por los valiosos materiales que en ellos abundan!

¡Venerables hermanos y queridos hijos! Pensad que todo lo que os hemos dicho hasta aquí no es más que una aproximación al punto más luminoso adonde nos hemos propuesto llevaros, es decir, además de la *Rerum Novarum* y la *Quadragesimo anno*, a un tercer documento que, celebrando los dos precedentes y añadiendo los nuevas experiencias de actividad social que se han multiplicado excesivamente en estos últimos treinta años, más cercanos a nosotros, se asocie a ellos, como coronamiento, un complemento todavía mayor de doctrina cristiana como la juventud perenne y fecunda de la Santa Iglesia, una, católica, apostólica y romana tiene siempre dispuesta para luz y guía de los siglos y de los pueblos.

### La próxima nueva Encíclica

Queremos confesaros que nuestro propósito era, en realidad, poder ofrecer y ofrecer a toda la Iglesia católica, precisamente el día de la fausta fecha del setenta aniversario de la *Rerum Novarum* (1891-15 de mayo de 1961), este tercer documento, de alcance general, en forma de Carta-Encíclica extensa y solemne. Nos complacemos en asegurarnos que hemos cumplido nuestra promesa: la Encíclica está preparada, pero las solicitudes por que llegue a todos los creyentes en Cristo y a todas las almas rectas diseminadas por el mundo, a la misma hora, en el texto latino oficial y en las diferentes lenguas habladas, nos aconseja retrasar un tanto la transmisión del texto.

Entre tanto, queridos hijos, permitid que os lo repitamos:

Vuestra presencia aquí en Roma nos es extraordinariamente querida.

Esta semana nos acerca y prepara para Pentecostés y nos evoca el recuerdo de los reunidos en Sión: "Viri religiosi ex omni natione quæ sub cælo est" (Act. 2.5).

Vosotros, queridos hijos, descendientes de aquellos buenos católicos que recibieron por primera vez, ahora hace setenta años, y honraron extraordinariamente la proclamación de la doctrina católica social del gran Papa León XIII,

vinisteis aquí en representación de todos los trabajadores cristianos de la tierra.

Por esto mereció que, como Pedro en Sión, así su humilde Sucesor, os descubra el secreto y os revele, sin más, en síntesis, el contenido de este tercer documento pontificio, que pronto será pan y alimento saludable y delicioso de vuestras almas y, como esperamos, de todos los que confían en la Iglesia santa y bendita de Cristo Jesús: "Magister et Salvator mundi" (Io. 4,42).

Como ocurre con otros sacerdotes en el rezo diario del Breviario, así también esté con vosotros, al escucharos, la gracia del Espíritu Santo, para luz de vuestra inteligencia y de vuestros corazones: "Spiritus Sancti gratia illuminet sensus et corda nostra".

### Síntesis del solemne documento

Así, pues, el solemne documento, que dentro de pocas semanas — volvemos a repetir — será alegría de vuestros ojos, alimento sano y substancial de vuestras almas, se divide en cuatro partes bien diferenciadas:

*Primera.* Síntesis de las enseñanzas de los Papas León XIII, Pío XI y Pío XII.

*Segunda.* La presentación de un primer grupo de problemas de acción social que todavía siguen urgiendo desde hace setenta años a esta parte.

*Tercera.* El planteamiento de problemas nuevos, graves y a veces peligrosos, de esta época reciente contemporánea nuestra.

*Cuarta.* Por último, el mejoramiento de las relaciones de la convivencia social a la luz de la enseñanza de la Santa Iglesia.

La primera parte os es ya familiar por lo que hemos expuesto hasta aquí como introducción de este coloquio nuestro. En ella se manifiesta la naturaleza y trazado del buen camino de la doctrina pontificia indicado por la *Rerum Novarum* de León XIII, seguido por la *Quadragesimo anno* de Pío XI y de los puntos de carácter social diseminados diversamente en las manifestaciones habladas o escritas de Pío XII.

Verdaderamente ha habido innovaciones en estos últimos años tanto en las estructuras internas de cada comunidad política como en sus relaciones recíprocas; innovaciones y problemas que obligan a ulteriores determinaciones y desarrollos de las enseñanzas trazadas por la *Rerum Novarum*, que se refieren — como hemos dicho — al cambio de las actuales condiciones.

Refiriéndonos a la segunda parte, tenemos la visión de estos nuevos problemas. Ante todo, precisamente aquellos que conciernen a las relaciones entre la iniciativa privada y la intervención de los poderes públicos en el terreno económico; luego la difusión cada vez mayor de formas de asociación en las diferentes manifestaciones de la vida; la retribución del trabajo; las exigencias de la justicia con relación a las estructuras de la producción, y el gravísimo punto de la propiedad privada.

La inminente Encíclica en el estudio y solución de estos problemas — no es inútil repetirlo — tiene en cuenta los desarrollos alcanzados desde las enseñanzas de León XIII hasta las de Pío XI, y los luminosos y sabios mensajes de Pío XII, descollando siempre en su doctrina el motivo fundamental, que es la afirmación inmutable y valiente defensa de la dignidad y derechos de la persona humana.

Los problemas de la tercera parte, de que se ocupa

la Encíclica, son los más evidentes y urgentes del momento histórico actual, y dan tono y color característicos a este documento pontificio.

### Hacia la solidaridad humana y cristiana

Ante todo, aparece el problema de la agricultura. La agricultura fue una vez —¿una vez?—, digamos mejor, durante milenios de historia, desde las primeras páginas de la Sagrada Biblia, la riqueza y primavera perenne, que se renueva cada año en la tierra; la poesía y el encanto de la vida, y ahora está reducida o está a punto de reducir a muchas comunidades humanas a un estado, como se suele decir, decadente. Lo que aparece como la mayor exigencia de la justicia es precisamente esta justicia en restablecer el equilibrio económico y social entre los dos sectores de la convivencia humana.

Nuestro inminente documento ofrecerá las directrices generales inspiradas en una solidaridad humana y cristiana y consideradas como más eficaces para la noble y grandiosa tentativa.

Otro problema de dimensiones mundiales, que interesa y reclama la afanosa atención de nuestro ministerio apostólico con la cooperación de todos los que creen y viven de Cristo y de su Iglesia, lo constituye el estado de indigencia, de miseria y de hambre en que viven millones de vidas humanas. De aquí el malestar, que a veces es cruel realidad, de las relaciones entre comunidades política y económicamente desarrolladas y las subdesarrolladas. Precisamente éste es considerado como el problema de la época moderna, aunque para decirlo todo y la verdad, en el estudio de la historia de los pueblos, extensivo a las vicisitudes seculares de todas las aglomeraciones humanas esparcidas por el mundo, pudo considerarse en el pasado como inexorable, teniendo en cuenta las causas antiguas y constantes del atraso de los sistemas económicos en relación con las desgraciadas condiciones de semejantes regiones.

Justa y santamente, queridos hijos, queremos recalcar y ensalzar el principio de la solidaridad entre todos los seres humanos y recordar y proclamar muy alto el deber de la comunidad y de los individuos, que disponen en abundancia de medios de subsistencia, de ayudar a todos los que se hallan en condiciones precarias.

Como todo, la ayuda eventual no suprime radicalmente las causas de estas precarias condiciones. De aquí que se imponga la obra de colaboración en el plano mundial; obra desinteresada, multiforme, encaminada a poner a disposición de los países económicamente subdesarrollados grandes capitales e inteligentes competiciones técnicas aptas para favorecer y promover al mismo tiempo el desarrollo económico junto con el progreso social, procurando, con sana y provechosa penetración, interesar a los mismos principales protagonistas del trabajo humano en la realización de la promoción propia, individual, familiar y social.

### Primera luz y fortaleza: de precepto del Señor

Esta es una empresa grande, noble y urgente, meta para la misma paz del mundo. Para ponerla en práctica, para infundirle constante vigor, son indispensables las relaciones de sincera comprensión y de activa colaboración entre los pueblos.

Lo cual supone —y aquí queremos confirmarlo a la

vista de este cielo sereno, en este templo máximo de la cristiandad —supone— repetimos— el *praeceptum Domini*, que afirma y proclama el reconocimiento y respeto de un orden moral válido para todos; que reconozca como su fundamento a Dios, defensor y vengador, distribuidor del bienestar, de la riqueza y la miseria y terrible reivindicador, del que nadie se libra, de justicia y equidad.

Sobre este motivo fundamental se apoya y eleva la intervención de la religión y de la santa Iglesia, incluso en el terreno económico y social. Siempre el decálogo, queridos hijos, siempre el Evangelio. En Jesús bendito, “camino, verdad, vida, luz del mundo”, taumaturgo al servicio de las necesidades y enfermedades humanas, mártir divino por la expiación humana y Rey victorioso y triunfal de los siglos y de los pueblos, se inspira el esfuerzo por buscar la justicia y se hace fuerte. La defensa y elevación de los débiles e indigentes descubren las maravillas de la caridad que aseguran la salvación y resurrección de los hombres y grupos étnicos, la transformación de las zonas atrasadas y los sectores en decadencia.

Esta es la gran responsabilidad que incumbe a todos y a la cual ningún viviente puede sustraerse. El juicio final de su destino, es este: “Venite benedicti, discedit maledicti” (Matth. 25, 34,41). Estas palabras son como un compendio y conclusión de la historia del mundo, consumada y decidida mediante la enumeración de las formas más variadas, concedidas o negadas por la asistencia social de hombre y familia con familia, de gente con gente.

La cuarta parte de la nueva Encíclica os presentará la visión deliciosa del restablecimiento de la convivencia humana. El estudio de la naturaleza del hombre y de la doctrina de la Iglesia a la luz de la Revelación señala el camino seguro para realizar una convivencia humana digna, pacífica y fecunda. Es natural que esta doctrina, que tiene por fundamento la verdad, como objetivo la justicia y el amor como elemento dinámico, sea no sólo captada, sino asimilada, difundida y puesta en práctica.

Como epílogo al extenso e interesante documento, algunas indicaciones valiosas y útiles y aptas para alimentar y hacer cada vez más operante en todos y cada uno la conciencia de los deberes sociales.

¡Queridos hijos!, esperad la Encíclica con verdadero deseo y estudiadla bien.

Volviendo ahora a las muchas cosas dichas en este largo coloquio del pastor con su grey, con el corazón despierto a los intereses del espíritu y sin olvidar los bienes terrenos, se nos ocurre ofrecer una comparación que os será grata e instructiva.

Lo que conmovió a todos los fieles de la santa Iglesia ante el anuncio de la encíclica *Rerum Novarum*, del Papa León XIII, en 1891, fue la sorpresa de oír cómo el sonido de una nueva campana, que desde la antigua torre de la parroquia, de todas las parroquias del mundo, de ciudad o pueblo, vino a unirse al concierto de las otras campanas, familiares a los buenos fieles de las antiguas y pacíficas costumbres de piedad religiosa. Aquel sonido de 1891 no se consideró discordante del tono de las otras campanas, al contrario, totalmente armonioso, vibrante y alegre.

Cuarenta años después, en 1931, no una, sino varias nuevas campanas se unieron en la torre de la parroquia. La encíclica *Quadragesimo anno* fue el gran gesto del Papa Pío XI, que dio la señal y levantó una feliz y más amplia armonía de invitaciones y amonestaciones sobre la cuestión

social y los diferentes y nuevos problemas propuestos a la consideración de todas las almas rectas y que se inspiran en las fuentes perennes de la doctrina evangélica de significación universal.

La celebración en estos días de la fecha anual, que se repite exactamente desde hace setenta años, de la *Rerum Novarum*, en tiempos de mayor desarrollo de las solicitudes maternas de la Iglesia, de los sagrados pastores y de tantos miembros del laicado en ferviente colaboración encaminada a difundir la buena doctrina y de su inmediata y extensa aplicación, es motivo de singular alegría y de vivo y alegre estímulo.

### Entusiasta y ferviente apostolado social

La alegría estriba en comprobar que el antiguo fervor suscitado por el gesto del Papa León XIII y renovado por sus sucesores perdura y suscita entusiasmo y afianza sentimientos y propósitos de excelente apostolado social.

Ahora de la torre antigua y de las torres nuevas, que se multiplican en la llanura, en los montes, allí donde la naturaleza prodiga y ofrece generosamente sus dones, ya no viene el sonido, que resuena, de una campana ni de algunas campanas, sino un torrente, un repicar de armoniosas campanas que resuenan para mayor gloria de Cristo, hijo de Dios, hermano nuestro, maestro, redentor y salvador del género humano; siempre generoso en las misteriosas efusiones de su gracia en las almas, no sólo como preparación y encaminamiento hacia los bienes celestiales, sino generoso también con los cuerpos y con

todo lo que es bienestar verdadero de la vida de aquí abajo en el orden civil y social.

El estímulo que es lícito y útil sacar de esta conmemoración y de otras manifestaciones que vendrán después de ella, un poco por todas partes, en todo el mundo, se inspira en las palabras que el evangelista San Juan, predilecto del Señor, escribió en la primera de sus tres cartas y de las cuales hemos saboreado esta mañana en el *Breviario* algunos rasgos impresionantes.

Esta es, pues, la enseñanza del apóstol de Jesús: "Dios es luz, y en Él no hay tiniebla alguna" (I Io. 1,5). Conviene vivir en esta luz en mutua comunicación con Él. Si hemos pecado, la sangre de Jesús, su hijo, nos purifica, pues Jesús es propiciación de los pecados de todo el mundo. Y las otras persuasivas palabras son: "Es necesario saber vivir y caminar con Cristo". "Qui dicit se in ipso manere, debet sicut ille ambulavit, et ipse ambulare" (II Io. 2,6).

¡Qué magnífico programa de vida cristiana y de apostólica actividad social! Vivir en Cristo, que es luz divina, caridad universal; dirigir los pasos en su compañía: "in ipso manere, cum ipso ambulare", que es actividad dinámica y tranquila, ordenada y pacífica, para alabanza de Dios, para servir a la justicia, a la equidad, a la fraternidad humana y cristiana.

Obrando así y moviéndose de este modo estamos en la verdad, empleando humildemente las mismas palabras de San Juan. Estamos en la Verdad, es decir, en Dios, en su hijo Jesucristo, a quien sea gloria y bendición por los siglos. Amén (I Io. 5, 20).

## LA CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS EN EL JAPÓN DE HOY

(De las "Memorias del P. Arrupe", subtítulo de su libro "Este Japón increíble...". 1959. Edit. El Siglo de las Misiones. Bilbao.)

Maravillas de la Gracia.

Cuando vi que ya me iba soltando en la lengua (japonesa), me decidí a emprender por mí mismo algún ministerio concreto. No sabía por dónde abrir brecha, cuando la Divina Providencia me puso en un camino que tan sólo tuve que seguir.

Un día las Religiosas de una Comunidad de Tokio me abordaron al pasar, no recuerdo con qué motivo, por su Convento.

—Padre, queremos consagrar la Casa al Sagrado Corazón de Jesús, y no encontramos ningún sacerdote que tenga tiempo.

—No se preocupen; yo mismo lo haré.

Se les abrió el cielo.

—¿Cuándo quiere? Si le parece, en seguida.

—Déjenme que prepare una consagración en japonés, y ya fijaremos la fecha más adelante.

En efecto, pasaron unos días; y con mi consagración y una platiqui-

ta de dos o tres páginas, me presenté en el Convento a la hora prefijada de antemano con la Madre Superiora.

Fue una ceremonia sencilla, breve, y con todas esas delicadezas que las Religiosas tienen para matizar su trato con el Señor.

Aquello fue una idea para mí. Mientras siguiese en Tokio, podría dedicarme a consagrar familias al Sagrado Corazón de Jesús, con lo que sin roturar un campo nuevo, para lo que me sentía sin japonés suficiente, podía cimentar más hondo lo que otros habían edificado anteriormente. Sin las dificultades de romper por lo que es nuevo, tenía las ventajas de asegurar lo que es antiguo. Nunca me arrepentí de ello.

Empezando por las familias conocidas, y continuando por las que de un modo o de otro se fueron poniendo en contacto conmigo, llegaron a más de cien los hogares oficialmente consagrados al Sagrado Corazón de Jesús.

No faltó ninguna de las maravillas que el Señor, por medio de sus confidentes, ha prometido a cuantos se le consagren en el recinto sagrado de la familia.

¡Cuántas veces pude palpar la gracia de la conversión en aquellos breves momentos de una entrega que había de perdurar! Con frecuencia, al pisar descalzo los *talamis* de las casas a las que iba para la consagración, me encontraba con caras hoscas que denotaban resistencia.

Eran las familias en las que los padres, tal vez la madre viuda, eran católicos. Entre los hijos había aquella división que Cristo vino a poner sobre la tierra, aún dentro de los más cerrados grados de parentesco. Algunos hijos católicos, y los otros budistas, shintoístas o indiferentes. Era natural que aquella ceremonia, de sabor netamente cristiano, tuviese que inspirar, no recelo, sino repugnancia, a los miembros de la familia que pertenecían a distinto cre-

do. Pero cuando en el silencio de una fe profunda que quería darse, empezábamos a rezar las palabras sencillas, generosas y sugestivas de la consagración; cuando la emoción de los católicos se desbordaba en unas lágrimas furtivas o en un llanto franco y sin reservas, los indiferentes de aquel mundillo sentían, sobre la conmoción natural de aquellos sentimientos nuevos, barrenaba la Gracia con todo el empuje sobrenatural de lo que es divino.

Paganos fervorosos, pero equivocados; protestantes clavados como la esquirla de hueso roto en familias católicas; incrédulos que habían perdido la fe en sus falsos dioses; fueron sintiendo que la promesa bendecidora de Dios — no menos real porque ellos la ignorasen — era más poderosa que su obstinación o su ignorancia.

De espectadores pasivos, que contemplaban lo que no podían huir, pasaban muchos de ellos a fervientes catecúmenos, como promesa cierta de un próximo bautismo que los hiciese católicos.

La consagración de las familias al Sagrado Corazón de Jesús es en todas partes una obra grandiosa. Pero en Japón de un modo especial.

En Japón la gran dificultad, además de convertir a la gente, está en mantener vivo el fuego de la fe para que no se extinga en medio de las mil dificultades que de su adelanto material se derivan.

Un hotentote que se convierte no tiene peligro de que su moral naufrague por la lectura de unas novelas pornográficas que nadie ha traducido ni ha de traducir a su lengua. No pone en peligro su fe al conocer una filosofía atea — con ese ateísmo que no ignora, sino que combate a Dios — porque jamás podrá caer un libro de esos en sus manos. No beberá nunca el veneno de un cine que mata el alma entre los halagos de una eutanasia plácida. Un hotentote que se convierte tiene ya ganado medio cielo.

Un japonés lo lee todo, lo conoce todo, en el cine lo ve todo, lo curioso todo...; y como en el mundo hay mucho más malo que bueno, sobre su espíritu recién convertido, lastrado por una tradición secularmente pagana, va cayendo todo el fango del siglo XX que, de espaldas a Dios, ha puesto sobre el

altar que sostuvo el becerro de los judíos sinaíticos el ídolo de la materia y de la ciencia.

Un muchacho, una muchacha japonesa, conservan con facilidad su fe si en su hogar encuentran un contrapeso al paganismo del mundo, que les envuelve y con frecuencia les ahoga.

Solos, en el islote desolado de una fe sin vigor y sin autonomía arraigada, tienen que luchar como héroes, sobre todo en las clases intelectuales. Hay estadísticas de estudiantes católicos que, estudiando fuera del ambiente católico en que se convirtieron, han abandonado la fe en la dolorosa proporción de un 30 por ciento.

Por eso la consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús es de una eficacia decisiva en la vida de esos muchachos. La fe, la religión, no es algo exclusivo del *Kyakai* de la iglesia. Es algo mucho más íntimo que también se vive entre los muros, tal vez paupérrimos, del hogar.

Y cuando por horarios de estudio o de trabajos, las puertas de las Capillas misioneras permanecen casi infranqueables, si en la familia reina el Corazón de Cristo, allí encuentran el vigor sobrenatural que en otro sitio no tienen oportunidad para ir a buscar.

Convertir a un japonés de una familia sólidamente católica es asegurar un fervoroso cristiano orientado al cielo.

Convertir a un japonés de una familia hostil, es abrir un camino que ha de terminar muchas veces en la grandiosidad del heroísmo...; y los héroes son pocos.

Trocar la hostilidad en simpatía, es desviar la corriente de un alma para que de un cauce de dudas corra por otro de certezas, que desemboca con seguridad creciente en la felicidad.

El factor íntimo de amistad y de reparación que encierra la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, penetra fácilmente en el corazón del japonés nuevo, recién bautizado.

Un convertido de ayer no tiene, salvo rarísimas excepciones, capacidad suficiente para penetrar en las grandes profundidades de los problemas de la Filosofía o de la Teología. Pero, en cambio, capta con facilidad otros matices más prácticos,

que con frecuencia son sobradamente suficientes para los comienzos de su formación religiosa.

La amistad que debemos a Cristo Amigo, que murió por nosotros; la reparación a que nuestros pecados y los ajenos nos obligan; el amor como correspondencia al que Dios en todo momento nos prodiga: son cosas que le parecen obvias, y que le arrancan reacciones admirables.

Además, encuentran en estos valores un esfuerzo positivo que la Religión exige de nosotros como complemento del prohibitivo que, a primera vista (aunque en realidad no sea así) predomina en el Decálogo.

Junto al "no", que preside el enunciado de varios mandamientos, se encuentra el "sí", con el gesto positivo, con el matiz de entrega que se encierra en nuestras relaciones con el Corazón de Cristo.

Y en esa sincronización del "sí" y del "no", viven un catolicismo mucho más completo y más consciente. Porque el "no" encierra un deseo implícito de salvación propia: "por eso no peco"; y el "sí", un rasgo explícito de donación a Cristo: "por eso me doy".

En una catequesis de barrio les expliqué a los niños el valor del sacrificio ofrecido a Cristo con el fin reparador; y pusimos una cajita de cartón, con pretensiones de hucha, para que en ella fueran echando sus obsequios.

Un día, dos de los niños, que asistían fielmente a todos los actos, tuvieron una violenta disputa, que terminó con un corte total de relaciones diplomáticas. Se marcharon cada uno a un rincón. y, con el hociquillo típico del que está enfadado, no volvieron a dirigirse la palabra en toda la tarde.

—Itsuo-san y Takeo-san han reñido — me dijeron los otros rapaces.

Itsuo-san tenía unos ocho años, pocos en absoluto, pero ya los necesarios para que en su casa le hubieran dado el doctorado de suficiencia para andar por las calles sin que nadie tuviese que acompañarle.

En cambio, Takeo-san, un diminuto rapaz de sólo cinco años, no había llegado a tales alturas, y necesitaba de alguien cuando quería alejarse unos centenares de metros del portal en donde vivía.

Como los dos niños vivían en la misma barriada, tanto para ir a la

Escuela como al Catecismo, Itsuo-san se pasaba por la calle donde vivía Takeo-san, y juntos iban, para volver también al mismo tiempo.

Aquella tarde se les presentó un problema. Estaban reñidos, se iba haciendo tarde, y tenían que volver.

Yo, que conocía todo aquello, estaba esperando a ver cómo se solucionaba aquel conflicto. Los otros rapacillos se fueron retirando uno a uno, después de una afectuosa despedida; y ya sólo quedaban los dos contendientes sin desarrugar el hocquillo.

Mientras charlaba con los últimos rezagados, pude ver que Itsuo-san se acercaba indeciso al pequeño Takeo-san, y que le decía algunas palabras, que desde mi observatorio no pude entender. Pero debieron ser amistosas, porque Takeo-san le dio la mano. Iban violentos, pero al fin y al cabo iban, que ya era bastante; porque el problema de Takeo-san era que por sí solo no podía volver.

Cuando todos los niños hubieron desaparecido, recogí la hucha con los obsequios; la vacié, y antes de guardarlos con los de otros días para quemarlos todos juntos ante la imagen del Sagrado Corazón el último día de la Novena, me di cuenta de que había uno sin firmar, pero con un contenido que delataba a su autor: "Por TI he hecho las paces con Takeo-san, aunque él tenía la culpa, y yo no. Por consolarte le llevaré a casa, como si no hubiera pasado nada".

Era un papel sucio; el margen de un sobre usado. Pero, ¡qué valor espiritual el de su contenido! Aquel diminuto personaje de ocho años, que había oído en su casa y en el Colegio que la venganza es una virtud varonil, supo dominar el coraje que le quemaba, para ofrecer la paz, la amistad, y lo que en aquel momento más necesitaba su rival: la ayuda necesaria para volver a casa.

Maravillas de la Gracia, y misterios de la libertad humana. El culpable no había tenido valor para vencer el orgullo y reconocer su falta. En cambio, Itsuo-san, con una delicadeza de conciencia que asombra en un muchacho recién convertido, tuvo aquel rasgo con el Corazón de Cristo, que culminó en la humillación propia, en la caridad en bien ajeno.

Ocho años tenía nada más, y había cogido la esencia de la devoción al Sagrado Corazón con la perfección de un consumado asceta. No entendía él nada de distinciones y perfiles, pero sabía que en la humillación propia podía poner la mejor prueba de su amor.

Otro caso de la eficacia suma de la consagración al Sagrado Corazón de Jesús en el apostolado, me ocurrió al ponerme en contacto con una japonesa, madre de un niño y una niña, cuyo marido era el único no católico en la familia. Ellos eran fervientes cristianos; él, un indife-yos, pero que la miraba con una rente, que permitía la fe de los sufrimientos no exenta de desprecio.

Un día vino la mujer para pedirme que consagrara su casa al Sagrado Corazón. Quería que el Señor reinara plenamente en ella, no sólo santificando más y más a los ya creyentes, sino curando la ceguera del alejado de la verdad.

Me presenté en el acto. ¿Qué más podía querer yo? ¿Había consagrado ya tantos hogares en lo que constituyó casi mi primera aventura apostólica japonesa...!

Se presentaba, con todo, una dificultad, que debíamos solucionar, y un escollo que teníamos que sortear sin estrellarnos: la semihostilidad con que el marido miraría un acto de culto, llamémosle público, dentro de su mismo hogar.

Tuvimos, pues, una reunión, en la que decidimos fijar la consagración para un momento en que tan sólo se encontrara la madre con los dos hijos. La cosa no resultó difícil. Hecho esto, dejamos correr el tiempo hasta la fecha elegida.

Cuando llegó, me presenté donde vivía la familia, llevando conmigo la fórmula japonesa que empleaba siempre para las consagraciones.

Me salió a recibir la mujer. Esperaba yo verla contenta, como pedía el acto que íbamos a celebrar, a petición suya; pero me la encontré sumamente turbada porque había habido un fallo en sus cálculos.

—Padre — me dijo a bocajarro —, mi marido está en casa.

Me dejó de una pieza. Todos nuestros preparativos parecía que iban a ser inútiles, ya que lo más probable era que no permitiese hacer la consagración.

—¿Sería mejor dejarlo para otro día? — pregunté, hecho un mar de dudas. — No, Padre, me parece que no — me contestó. Llevo ya mucho tiempo queriendo dar este paso, y siempre ha habido alguna dificultad. Yo creo que lo mejor es hacerlo en una habitación en la que él no se encuentra, y con el disimulo suficiente para que no se entere. — Como usted quiera — le respondí; usted tiene la última palabra.

—Vamos a probar fortuna, y que Dios nos ampare.

Entramos en una de las habitaciones. Pusimos un cuadro del Sagrado Corazón en una de las paredes; y sin más solemnidad, porque no la permitía el secreto del momento, nos arrodillamos ante él, los dos hijos, la madre y yo.

Empecé a rezar. Frase a frase fui leyendo la consagración, haciéndolo despacio, para que pudiese calar más hondo su profundo sentido.

Aún no habíamos acabado cuando de repente, de la manera más inopinada, se descorrió el "fusuma" que separaba nuestra habitación de la contigua, y apareció en el marco de la puerta el amo de la casa, en una actitud que no parecía la suya.

Al verle entrar, me había quedado silencioso; y su mujer y sus dos hijos se habían asustado, sin saber cuáles iban a ser las consecuencias de aquella interrupción.

Nos miró un momento a los cuatro; y después, echándose a llorar como un niño, me dijo estas palabras:

—Padre, quiero bautizarme.

No habló más. No podía hacerlo. Estaba conmovidísimo por la Gracia de Dios, que había obrado sobre él de una manera que podíamos llamar milagrosa.

Sus resistencias pasadas, su hostilidad, su indiferencia..., todo había desaparecido al calor de aquel llamamiento espiritual.

Era una prueba más de que el Corazón de Cristo cumple sus promesas de reinar en los hogares en que se le entroniza. — Y era, además, el ejemplo convincente de lo que puede la oración combinada de la madre y de los hijos, cuando todos alientan con el deseo íntimo y común de convertir al padre, el único miembro descarriado de la familia.

# REALIDAD Y MENSAJE DEL TIBIDABO

Un gran amigo de Cataluña, el escritor G. Desdevirs du Dezert escribía el año 1913 en su libro "Barcelone et les grands sanctuaires catalans" que para contemplar a Barcelona había que mirarla desde la cima del Tibidabo. "El horizonte por la parte norte sólo está limitado por los Pirineos y al Sur por los macizos que dominan Tortosa. La masa confusa de la ciudad se apretuja entre la avenida verde de la Rambla y el verdor del Parque. Los campanarios robustos de las iglesias emergen de entre las casas rojizas, la flecha nueva de la Catedral se yergue con gracia juvenil entre las pesadas torres octogonales que la circundan, los campanarios de Santa María del Mar se levantan a lo lejos como minarettes..."

Hoy la ciudad se ha extendido hasta las mismas laderas de la sierra de Collcerola. Los pinares se han confundido con la urbanización de las afueras. Ha resultado una ciudad moderna y acogedora. Una teoría esbelta de polígonos y construcciones sociales. Al fondo, el mar. Y a lo lejos, coronando un panorama único, la diadema nevada de los Pirineos.

Ese es el mirador que domina la ciudad Condal. Las murallas de que hablaba Verdaguer como regalo de Dios a Barcelona. O la soberbia Acrópolis, guardiana de la ciudad, en su no menos expresiva frase.

Dominando este panorama, a más de 500 metros de altura se están terminando las obras de un grandioso monumento al Sagrado Corazón de Jesús. El Templo Expiatorio Nacional del Tibidabo.

## Un poco de Historia

Una vieja tradición quiso identificar esta montaña con la del episodio que San Mateo nos narra en su Evangelio. Aquí habría sido donde el maligno tentara a Cristo. Desde aquí le habría mostrado la ciudad romana de Barcino, el mar imperial de Roma y las ciclópeas montañas del Norte con sus valles profundos y legendarios.

"Omnia TIBI DABO"... "Te daré todo esto..." De aquí el origen del nombre dado a la montaña.

Sin embargo, lo cierto es que este lugar — el más alto de la cordillera de Cerola — se denominó en la antigüedad "Coll-Cerola".

En la segunda mitad del siglo XIV un sacerdote, Fr. Francisco Soler, con algunos otros prudentes varones se retiró a las faldas de esta montaña, donde habitaron para hacer vida eremítica según la regla de San Jerónimo.

El valle perdió su antiguo nombre y los comarcanos lo llamaron "Collado de los Ermitaños de San Jerónimo". Estos, en recuerdo de los lugares santos de Palestina, fueron bautizando los sitios más destacados de las cercanías, con nombres bíblicos: Valle Hebrón, monte Carmelo, Tibidabo. El nombre ha quedado definitivamente ligado a la orografía barcelonesa.

En 1393 doña Violante de Bar, esposa del rey Juan I de Aragón, se interesó por estos ermitaños. Viendo su extrema pobreza y la estrechez que tenían en todo, fun-

dó un Monasterio de Jerónimos. Las obras no terminaron hasta 1438 con la construcción del claustro y otras dependencias.

En 1822, ante los apuros económicos porque atravesaban los monjes, vendieron en pública subasta varias de sus posesiones. Entre ellas figura en el documento oficial, traído por Barraquer en su obra "Las casas de religiosos en Cataluña durante el primer tercio del siglo XIX", "...el edificio de dicho monasterio en la montaña de San Jerónimo... y un bosque llamado Tibidabo, de seis mojadás".

No parece que esta finca sea la cumbre actual, pues existe un contrato, fechado en 1758 por el que se cede con un censo de 84 pesetas un terreno que es el mismo sobre el que está edificado el Templo actual.

En 1876 la cumbre fue adquirida por un grupo de varones presididos por D. Delfín Artós, Presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl, quizá con la finalidad de vietar la edificación de una capilla protestante o de un casino, como estaba proyectado.

## La visita de San Juan Bosco a Barcelona

El 9 de abril de 1886 cruzaba la frontera española un hombre extraordinario: San Juan Bosco. Le había sido confiada una tarea difícil, León XIII le había expresado sus deseos de que en la ciudad Eterna se levantara un Templo al Sagrado Corazón y el Santo se había comprometido en la obra. Para eso venía a España. Allegar recursos para la magna empresa y visitar a sus religiosos recién llegados a la nación. El recibimiento y la estancia del Santo en Barcelona fueron verdaderamente triunfales. Pero hubo una circunstancia que D. Bosco no pudo olvidar. Mientras se dirigía de Turín a Barcelona una voz misteriosa le fue repitiendo como una obsesión: "Tibi dabo... Tibi dabo...".

"¿Qué me querrá dar el Señor?", pensaba Don Bosco. La víspera de su partida a Italia, el 5 de mayo, quiso ir a despedirse de la Patrona de la ciudad, la Virgen de la Merced. Aquí le aguardaba una sorpresa: al final de la ceremonia los propietarios de la cumbre del Tibidabo se adelantaron hacia el presbiterio y entregaron al Santo un artístico pergamino por el cual le cedían la propiedad de la misma para que allí construyera una ermita "dedicada al Sagrado Corazón, que detenga el brazo de la justicia divina y atraiga las divinas misericordias sobre la ciudad y sobre toda la católica España".

Al escuchar tal oferta, el rostro del santo se iluminó y exclamó: "Católicos barceloneses, vosotros sois en estos momentos, instrumentos de la Divina Providencia. Sobre el Tibidabo se alzarán, no una ermita, sino un grandioso Templo que dará mucha gloria a Dios y será testimonio de la recia y tradicional fe del católico y glorioso pueblo español".

Y relató a los circunstantes, con lágrimas en los ojos, lo que le había acontecido durante su viaje.

Al poco tiempo de salir el Santo de Barcelona, se



determinó edificar a expensas de una egregia dama barcelonesa, Doña Dorotea de Chopitea, una capilla dedicada al Sagrado Corazón de Jesús en la cumbre del monte, que fue bendecida el 3 de julio del mismo año.

En 1887, un año después de la venida de San Juan Bosco, se iniciaron los preparativos para la gran Exposición Internacional de Barcelona del año siguiente. Se divulgó la noticia de que Su Majestad la Reina Regente, María Cristina, vendría a presidir la apertura de la Exposición. El entonces Gobernador, Sr. Antúnez, tuvo la idea de que la Reina contemplara desde el Tibidabo el panorama de la ciudad. Había que construir un pabellón. No contando el Gobernador con terreno propio en la cumbre del monte, mandó llamar al Padre Branda, Superior de los Salesianos y le pidió prestado el terreno necesario.

El 27 de mayo de 1888 tuvo lugar la regia visita, para lo cual la carretera de Vallvidrera se prolongó hasta la cumbre del monte.

Inesperadamente una Real Orden declaró la cima de Utilidad Pública para establecer un Observatorio. Acudieron en seguida los PP. Salesianos a la Diputación Provincial, pidiendo la no instalación de tal Observatorio o al menos, se combinase de tal manera que en la misma cumbre se erigiera el Templo al Sagrado Corazón, profetizado por su Fundador San Juan Bosco.

Las dificultades aumentaron. Parecía imposible pensar en la realización de la Obra por cuanto se habló de construir el Templo en San Pedro Mártir y dejar la cumbre del Tibidabo para otros fines de utilidad pública. Pero en una conferencia del arquitecto barcelonés, el Sr. Font, se barajaron diversos inconvenientes que aconsejaban la construcción del Observatorio en otros terrenos. En efecto, el año 1902 se inauguró en una altura próxima el actual Observatorio Fabra.

Los principales obstáculos estaban vencidos. Era necesario pensar ya en la realización de la profecía de San Juan Bosco.

Es característico en el siglo XIX el movimiento universal de levantar monumentos dedicados a los dogmas más queridos de la piedad cristiana. También Barcelona deseó poseer el suyo. A este fin se formó una Comisión para recoger donativos para la erección de un monumento a Cristo Redentor, a ejemplo de otras ciudades españolas que habían levantado ya el suyo, en un lugar céntrico de la ciudad.

El 28 de diciembre el Cardenal Casañas, Obispo de Barcelona, bendijo y colocó la primera piedra del Templo al Sagrado Corazón en el Tibidabo. Los católicos barceloneses se dieron cuenta de que el mejor monumento de Barcelona podía ser el que se comenzaba entonces en el Tibidabo. El dinero recogido fue entregado a los PP. Salesianos, encargados de la erección del Templo.

Las obras comenzaron de firme. El Papa Pío X concedía indulgencias a los cooperadores de tan gran empresa y el 31 de mayo de 1909 se dijo ya la primera Misa en la Cripta sin cubrir aún.

### Ideal expiatorio del Tibidabo

El 25 de julio de 1909 Barcelona se vistió de sangre. Las llamas y los sacrilegios se sucedieron durante la "Semana Trágica" de nefando recuerdo para la historia

barcelonesa. En la vida del Tibidabo será éste un año decisivo. Una mujer, Doña Amelia Vivé de Negra, conocida por el sobrenombre de María Victoria, condensó en un lema original "La expiación por el sacrificio" lo que podía ser ideario del nuevo Templo que se perfilaba en la cumbre del Tibidabo. Hasta entonces, el Tibidabo era el monumento particular de Barcelona al Sagrado Corazón. Había que darle una orientación, una finalidad. El templo no buscaría limosnas. Haría algo más. Invitaría a los cristianos a privarse de algo lícito, destinando a su construcción el importe del ahorro.

La idea cundió. Tuvo eco en casi todas las diócesis españolas. Alguien la ha definido como "sacrificio cotizable económicamente". Expiar nuestros pecados y los ajenos absteniéndose, aunque cueste, de las cosas agradables aún de las lícitas y destinando el importe a las obras de construcción del Templo.

Los horrores y miserias de la "Semana Trágica" barcelonesa fueron el punto de partida del ideario que el Tibidabo ha ido perfilando con el correr de los años. y que especificaremos más adelante. María Victoria dedicó su vida a la idea. Toda España la recibió entusiasmada. Sacrificios de niños, de pobres, de obreros. Sacrificios sencillos, humildes. Como una verdadera lluvia. Fue un plebiscito nacional que contribuyó a dar el ambiente necesario en toda España para que surgiera un deseo general: el Templo de Barcelona debía ser el Templo de España como el Montmartre francés lo era de la nación vecina.

### Templo Expiatorio... y nacional

En efecto. El año 1911 trajo para el Tibidabo dos acontecimientos cumbres: la solemne bendición de la Cripta y la declaración de Templo Nacional Expiatorio. La Cripta fue inaugurada solemnemente el 17 de junio por el Dr. Laguarda, Obispo de Barcelona. Pocos días después comenzó en Madrid el XXII Congreso Eucarístico Internacional. El ideario difundido por María Victoria había dado un ambiente nacional al templo del Tibidabo. Esta inquietud nacional fue recogida por el episcopado español reunido en Madrid, que, entre fervientes aplausos de aprobación, proclamó al Tibidabo como Templo Expiatorio de España.

La conclusión aprobada en el Congreso de Madrid rezaba así: "El Congreso hace votos para que como fruto de esta gloriosa Asamblea se propague por toda España la idea del Templo Nacional Expiatorio dedicado al Sagrado Corazón en el Tibidabo, a fin de que tengamos cuantos antes nuestro Montmartre español".

El Congreso de Madrid fue el comienzo de una nueva etapa en el Tibidabo. En 1912 se establece definitivamente la Comunidad de PP. Salesianos junto al Templo. Se organizó una Escolanía para atender las necesidades del culto y siguieron adelante las obras del Templo, únicamente interrumpidas por el paréntesis rojo.

### Un Congreso Internacional sobre el Sagrado Corazón

En octubre de este año 1961, setenta y cinco aniversario de la venida de San Juan Bosco a Barcelona, se espera culminar las obras con la inauguración solemne y oficial del Templo. La estatua del Sagrado Corazón que



debe coronar la torre central será colocada y bendecida, mientras en Barcelona se ha organizado la celebración de un Congreso Internacional al Sagrado Corazón.

No conocíamos, en su género, otro Congreso con carácter de internacionalidad. Se desarrollará en la semana que precede a la fiesta de Cristo Rey del 22 al 29 de octubre.

La motivación del Congreso es triple: culminación de las obras con la colocación de la monumental estatua del Sagrado Corazón. Cincuenta aniversario de la declaración del Tibidabo como Templo Expiatorio Nacional y Setenta y cinco aniversario de la venida de San Juan Bosco, Profeta del Templo, a Barcelona. Tres estadios de una realidad. Y que justifican la celebración de este Congreso Internacional que muchos deseaban y que, al parecer, es de una oportunidad evidente. La expectación despertada en el mundo católico ha sido verdaderamente unánime.

### El Ideario del Tibidabo

La misión que el Tibidabo ha recibido providencialmente, señalada por ciertos hechos indiscutibles, es clara. Los acontecimientos han quedado ya reseñados a lo largo de estas líneas. La profecía de San Juan Bosco, determinativa de su existencia. El Congreso Internacional de Madrid, de su nacionalidad. Y la idea de María Victoria, de su ideario. Ideario que fue plenamente confirmado en su contenido doctrinal por el discurso de Pío XII a los Obispos reunidos en Roma el 2 de noviembre de 1950.

Partiendo de estos hechos y buscando una formulación precisa, diremos, que el Tibidabo, como Templo Nacional Expiatorio, tiene la misión de propagar la idea expiatoria y reparadora, sobre todo por medio del culto a la Eucaristía y el sacrificio o austeridad de vida, en un sentido universalista y social.

Idea expiatoria y reparadora. Quien peregrina al Tibidabo lo hace pensando que en España se peca y que Dios exige expiación y sería reparación.

El Cardenal Casañas escribía en 1928: "Santificar la montaña del Tibidabo dedicándola al adorable Corazón de Jesús, es sin duda la mejor reparación que puede ofrecerse a Dios por parte de Barcelona, de las ofensas de toda clase, que contra Él se cometen en nuestra ciudad, y al mismo tiempo la obra más simpática que puede proponerse a la piedad de los fieles".

Ya mucho antes, en 1909, hemos encontrado en la

revista "El Venerable Bosco y el Tibidabo" que se editaba como oficial del Templo en construcción: "España debe reparar, debe desagraviar, debe levantar este Templo en señal de penitencia, de reparación y de amor... porque España ha pecado, ha ofendido gravemente a este Corazón que ama tanto a la humanidad..."

El motivo expiatorio y reparador lo vemos unido al ideario del Templo ya desde sus primeros años.

Como medio para reparar, el culto a la Eucaristía. Para ello, desde 1951 se vienen celebrando en el Tibidabo, a más de los otros actos de culto eucarísticos tradicionales, las Misas de la Expiación. Ofreciendo su intención no por fines particulares sino en expiación por los pecados de los hombres.

Culto a la Eucaristía por medio de la Adoración que debe llegar a ser perpetua.

Y medio para reparar, el sacrificio, alma del Tibidabo. Es el elemento típico de su ideario. En 1912 J. Masana escribía en la revista del Templo: "Para que el Templo del Tibidabo sea Expiatorio y resulte obra agradable al Sagrado Corazón de Jesús ha de levantarse sobre la base del sacrificio..."

El Tibidabo no anda hoy a ciegas. Todo es luz, en esta ruta de renunciaciones. Es la historia de las piedras y de los mosaicos. De las columnas y de los metales. Es la vida y el alma del Tibidabo. El sacrificio que expía y que salva.

Pío XII dio un cauce universal y social a esta mentalidad, exhortando a todos en su discurso ya citado "a que en la abstinencia cristiana y en la abnegación de sí mismos avancen más allá de las leyes morales... Ante todo cada cual expiará por medio de la penitencia sus propios pecados... lo que sustraiga a la vanidad lo empleará en la caridad, saliendo misericordiosamente al encuentro de las necesidades de la Iglesia y de los pobres".

El Tibidabo ha recogido esta idea, como un nuevo cauce desinteresado y social para su Ideario. Lo que hasta el presente se ha destinado a las obras del Templo se podrá emplear a su tiempo íntegramente en obras sociales.

Como en síntesis. El amigo del Tibidabo vivirá el espíritu expiatorio que se deriva de la devoción al Corazón de Jesús por medio de las prácticas eucarísticas y un intenso apostolado social que sostendrá, entre otros medios, con los recursos de sus propias privaciones y sacrificios. Es decir, el amor a Cristo, le llevará a expiar sus propios pecados y los ajenos por medio del culto a la Eucaristía y la privación voluntaria.

ANTONIO BERDEGUER, S. D. B.

Estamos ahora en el mes de junio, el mes dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. El Señor ha venido a la tierra y ha ofrecido su Humanidad para nuestra salvación. Primero nos dió su doctrina y enseñanza; después se inmoló como víctima sobre la cruz derramando toda su sangre por nosotros. Su amor infinito brota y se difunde desde el Corazón Sacratísimo al que rendimos nuestra adoración. Debemos por tanto, tener sin descanso puesta la mirada en estos dos puntos luminosos: María y Jesús; el Corazón de María, el Corazón de Jesús; y todos juntos trabajar asidua y tenazmente para que triunfen por doquier.

(S. S. Juan XXIII, Audiencia general 2 junio 1961)

# PARA SER JESUS, HUBO DE SER CRISTO

(Glosa a la HAURIETIS AQUAS)

Si el misterio de la Encarnación del Verbo Divino es un gran misterio de amor, amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, también es un gran misterio de amor el misterio de nuestra Redención. ¡Qué hermosa y oportunamente se recordaba esto a los Socios del Apostolado de la Oración en aquellas breves, preciosas palabras al pie de la primera página de la hojita mensual de abril: "¡El misterio de la Redención es un misterio de amor!"

Es lo que con encendidas e inspiradas expresiones nos enseña el Papa Pío XII en el pasaje de su inmortal Encíclica, a continuación de lo que últimamente comentamos.

Para penetrar mejor las profundidades de este misterio de amor, que es nuestra Redención por Jesucristo, en las que nos introduce con mano segura y con mente iluminada el Papa, tomemos el agua de más arriba; procedamos ordenada y gradualmente.

## 1.º El fin de la Encarnación, nuestra salvación

"Por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos" el Hijo de Dios; "y se hizo hombre". Así lo confesamos en el Credo de nuestra fe, con las palabras del Símbolo Niceno-Constantinopolitano, que rezamos o cantamos en la Santa Misa. Tal es el fin para el que Dios Padre dio al mundo con infinito amor el don infinito de su Unigénito Hijo, y con Él infinitos bienes.

Lo dijo expresamente el mismo Jesucristo: "Vine al mundo para salvar al mundo" (1).

Y por eso, con divina disposición, se le dio por nombre Jesús, que quiere decir Salvador; Dios que salva; Dios que se hizo Hombre para salvarnos; Salud y Salvación divina, obrada por el Hijo de Dios "hecho carne".

No otra explicación dio de este augusto nombre a San José el Ángel que se le apareció para disipar sus dudas, tranquilizarle y anunciarle el misterio de la Encarnación, que se había operado por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de su Esposa María: "José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu mujer, pues lo que se engendró en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados" (2). Estas palabras, que son una declaración auténtica de la significación del nombre de Jesús, nos hacen ver con toda claridad el carácter soteriológico, o de salvación, de la gran obra de la Encarnación del Hijo de Dios, y la espiritualidad de su misión Mesíasica.

Por esto mismo, cuando el anciano Simeón recibió en sus brazos al Niño Jesús, al ser presentado en el Templo de Jerusalén, a los cuarenta días de su santo Nacimiento, e inspirado por el Espíritu Santo, bendijo a Dios, fue éste su canto alborozado: "Ahora dejas ir a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz; pues ya vieron mis ojos tu Salud". Llama al Niño la Salud de Dios, es decir la completa salvación; y no tan sólo de Israel, sino de todo el género humano; pues la Salud Mesíasica se presenta a los ojos del santo anciano como universal y espiritual: "ya vieron mis ojos tu Salud, que preparaste a la faz de todos los pueblos: luz para iluminación de los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel" (3).

También San Pedro, al ser interrogado en el San-

hedrín sobre la curación que había hecho del cojo de nacimiento, junto a la puerta llamada la Hermosa, del Templo, después de responder intrépidamente que aquel hombre, allí presente, había quedado sano en nombre de Jesu-Cristo Nazareno, terminó su razonamiento con estas memorables palabras: "Y no se da en otro ninguno la salud, puesto que no existe debajo del cielo otro nombre, dado a los hombres, en el cual hayamos de ser salvos" (4).

Y el Discípulo amado, San Juan, en su primera Carta nos dice: "Nosotros hemos visto, y testificamos, que el Padre envió su Hijo como Salvador del mundo" (5).

Mas ¿quién será capaz de entender en toda su grandeza lo que significa y lleva consigo esta salvación, por la cual se encarnó el Hijo de Dios? Los antiguos Profetas la había anunciado y ensalzado con la expresión de "la Salud Mesíasica", de la cual quien desee tener una idea completa, cuanto cabe, lo puede ver en la magnífica "Vida de N. S. Jesucristo", por el P. José M.<sup>a</sup> Bover, en su exposición del Cántico de Zacarías (págs. 101-109), y cuando explica "El Nombre de Jesús" (págs. 166-178).

Para decirlo en breve resumen, la salvación y salud que nos trajo Jesús-Salvador, es, como obra divina, obra del amor infinito de Dios, salvación perfectísima; y lo es porque vino el Hijo de Dios para quitarnos a los hombres todas las cosas que son causa de que perezcamos y nos condenemos; y vino a darnos la vida de la gracia, con todas las virtudes y dones sobrenaturales que la acompañan, y después la vida eterna. Así es que vino a librarnos de todos los verdaderos y grandes males, y a ponernos en posesión dichosa de todos los verdaderos y grandes bienes, en la vida presente, temporal, y en la vida futura, eterna. Y para echar el sello a la grandeza de este su amorosísima salvación, quiso que se extendiese a todos los hombres del mundo, de cualquier estado o condición que fuesen, sin excluir, cuanto es de su parte, a ninguno de cuantos quisiesen creer en Él con fe viva, los cuales todos no perecerán, sino que alcanzarán todos la vida eterna dichosísima.

Pero demos un paso más.

(1) Io., 12, 47.  
(2) Mt., 1, 20-21.

(3) Lc., 2, 29-30.  
(4) Act. Ap., 4, 12.

## 2.º Para nuestra salvación un previo necesario rescate

Para salvarnos, en la forma dicha, había Jesús de hacerse con nosotros; nos había de sacar previamente de la dominación de un poder extraño y enemigo, nos había de rescatar o redimir de la esclavitud o servidumbre de Lucifer; no podía librarnos de nuestros grandes males, ni ponernos en pacífica y felicísima posesión de sus grandes bienes, mientras permaneciésemos adueñados por Satanás, de quien el género humano era esclavo. Para ser Salvador y Salud nuestra, hubo de ser nuestro Redentor y Libertador; para ser Jesús, hubo de ser Cristo. Declarémoslo.

Redimir es rescatar; redención es rescate. Lucifer, por astucia y engaño, se había apoderado del género humano; y éste, en su cabeza, Adán, al dejarse engañar y seducir, se había como vendido y entregado al dominio del Príncipe de este mundo, el demonio.

El pecado es el negro punto de partida de la horrenda tragedia del género humano. El pecado tenía esclavizado al hombre. Bajo una imagen trágicamente grandiosa, y con atrevida prosopopeya, nos presenta San Pablo el pecado como un tirano que extiende su imperio sobre todo el humano linaje. "Reinó el pecado en la muerte" (6). A ese tirano sin entrañas servían los hombres; como esclavos: "¿No sabéis que cuando os entregáis a uno como esclavos para obediencia, esclavos sois de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado para la muerte, ya de la obediencia para justicia?" (7). Y añade revelando la abyección de semejante servidumbre: "Entregasteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y a la iniquidad para la iniquidad" (8). Como tirano, que quiere dar estado de legalidad a su despotismo, tiene el pecado sus leyes opresoras: "Veó otra ley en mis miembros, que guerrea contra la ley de mi razón, y me tiene aprisionado como cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros" (9). Y a esta esclavitud del pecado siguen otras terribles, comenzando por la de la muerte.

Al lado de este conjunto de esclavitud existe otra menos metafórica y no menos terrible; la esclavitud respecto de Satanás, que las resumía todas. San Pablo llama al diablo "el que tenía el señorío de la muerte" (10). Y con osadía que ha desconcertado a ciertos intérpretes, le apellida "Dios de este siglo, que ciega las inteligencias de los incrédulos" (11). Bajo otra forma expresa el Apóstol esa tiranía tenebrosa de Satanás: "No es nuestra lucha contra carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanales de las tinieblas de este siglo, contra las huestes espirituales de la maldad, que andan por las regiones aéreas" (12).

Este poder y dominio de tiranía la fue ejerciendo Satanás sobre todo el mundo prevaricador, y aún ahora la ejerce sobre todos los rebeldes al llamamiento de Dios y de su Hijo Jesucristo, nuestro verdadero y divino Rey: "Y a vosotros, que estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los cuales un tiempo caminasteis conforme a la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potencia del aire, el espíritu que ejerce ahora su acción en los hijos de la rebeldía" (13). ¡Tristísimo y funesto avasallamiento, con que el demonio dominaba, y domina todavía en muchos, influyendo en todas las manifestaciones de la vida humana, hasta el extremo de hacerse adorar como si fuera Dios. En ese sentido, aún al mismo Jesús le tentó con increíble atrevimiento y orgullo: "De nuevo le toma el diablo y le lleva a un monte sobremanaera elevado, y le muestra todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: "Todo esto te daré, si postrándote me adorares" (14).

De esta esclavitud nos rescató Cristo; nos redimió; por eso le llamamos y es Nuestro Redentor. Lo fue en todos los órdenes, que podemos reducir a tres.

## 3.º A triple servidumbre, rescate triple

Satanás es, por una parte, el padre de la mentira, el que como dijo Jesús con acento conmovido "no se mantuvo en la verdad"; — además, es el primer pecador, el que peca desde el principio; — y es el que pretendió usurpar el dominio de Dios sobre los hombres; lo detentó, como fuerte armado, hasta que Jesús le desarmó y le venció; y aún lo sigue detentando para con los que se le entregan.

Por lo mismo la servidumbre a que sometió al género humano, desde que se vendió a él por el pecado, es triple: servidumbre de ignorancia religiosa y de error en lo que más importa al hombre conocer, en las verdades de Dios y de las relaciones del hombre con Dios; — servidumbre de prevaricación y de maldad, como instigador que es el demonio con sus tentaciones para mantener a los hombres en la vida de pecado; — y servidumbre de perniciosísimo influjo en todas las cosas de

la vida humana, teniendo uncidos a los hombres a su ominoso yugo, llevándoles de engaño en engaño, con las redes y cadenas de sus insidias, hasta la perdición.

Esta triple servidumbre o esclavitud necesitaba y pedía a voces un triple rescate. Y Jesús, precisamente para ser lo que este adorable nombre significa: Salvador, Salud divina y salvación eterna de los hombres, realizó este triple rescate por el ejercicio de los tres ministerios o funciones que el Padre Celestial le confirió, y por las cuales tiene el nombre de Cristo.

La palabra Cristo, en castellano; Christus, en latín; Jristós, en griego; Mesías, en hebreo: significan lo mismo: Ungido.

En la antigüedad del pueblo de Dios eran ungidos los Maestros o Profetas, los Pontífices y Sacerdotes, y los Reyes y Príncipes; es decir, se derramaba sobre ellos, previa elección divina, el óleo sagrado; y esta unción

(5) 1 Io., 4, 14.  
(6) Rom., 5, 21.  
(7) Rom., 6, 16.  
(8) Rom., 6, 19.  
(9) Rom., 7, 23.

(10) Hebr., 2, 14.  
(11) 2 Cor., 4, 1.  
(12) Ef., 6, 12.  
(13) Ef., 2, 1-2.  
(14) Mt., 4, 8-9.

era el símbolo externo de la interior y espiritual unción con que Dios les ungió para que los Maestros y Profetas enseñasen la verdad divina, en nombre y con autoridad de Dios; los Pontífices y Sacerdotes santificasen a los hombres con la santidad de Dios; y los Reyes y Príncipes rigiesen con autoridad divina al pueblo de Dios por los caminos de Dios hacia la prosperidad de la vida temporal, y hacia la dicha inmortal de la vida eterna.

Todo esto fue Jesús, y todo esto hizo Jesús, con plenitud de poderes divinos y respecto de todos los hombres. Fue el Ungido por excelencia, el verdadero y supremo Cristo.

a) Jesús fue Cristo como perfectísimo Profeta y Maestro absoluto del género humano; y con la unción recibida del Padre para serlo, nos rescató de la servidumbre de la ignorancia religiosa y del error en las verdades divinas y de salvación. Como Redentor vino a destruir las obras del diablo (15); y para librar o rescatar a los hombres de su esclavitud, tenía que disipar primero la oscuridad que pesaba sobre las mentes de los hombres, como consecuencia del pecado y por la acción maléfica del diablo. Y lo hizo en realidad Cristo trayendo a los hombres la luz del conocimiento verdadero, e iluminándoles interiormente para que aceptasen la verdad y se abrazasen con las consecuencias de ella. Así nos rescató, nos libertó. Cristo mismo atestiguó la energía salvadora y liberadora de la verdad, diciendo: "La verdad os hará libres" (16).

b) Jesús, el verdadero Ungido o Cristo santísimo,

como Pontífice sumo y Sacerdote eterno, nos rescató de la servidumbre del pecado, y de su consecuencia la muerte, la corporal, por de pronto, y la eterna después, reconciliándonos con el Padre y dándonos la verdadera vida, la de la Gracia en la peregrinación temporal de nuestra prueba, y la de la Gloria en la eternidad feliz, por la posesión de la herencia de los hijos, posesión del mismo Dios por perfecto conocimiento, amor y fruición bienaventurada.

c) Y, finalmente, Jesús fue Cristo porque fue Ungido como Rey eterno y Señor universal de los hombres; y ejerciendo su función de Rey y Señor, nos rescató del influjo tiránico de Satanás, de su reino tenebroso, y nos trasladó a su Reino, Reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz.

De esta manera Jesús fue nuestro Salvador, porque fué nuestro Cristo; y como Cristo, fué nuestro Redentor; nos volvió a comprar, nos rescató, nos redimió; y esto en un doble aspecto: aspecto de liberación, y aspecto de restauración. Nos liberó de los gravísimos males de nuestra triple servidumbre; y restauró en nosotros el estado de unión sobrenatural con Dios, por la perfecta adopción de hijos de Dios, poniéndonos así en posesión de los grandísimos bienes contrarios a aquellos males: bienes de Gracia y de Gloria.

Realmente, para ser Jesús, hubo de ser Cristo; y lo fue plenísimamente.

#### 4.º Posibilidad de esta Redención, y su necesidad por parte del hombre

La posibilidad de que Cristo nos redima por su satisfacción y sus merecimientos se funda en la condición divino-humana de Él, que le capacita para ser Mediador entre Dios y los hombres (17): "No hay más que un Dios, y un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre, que se dio a Sí mismo en precio del rescate por todos" (18).

Y cuanto a la necesidad de esta Redención, por parte de los hombres, es de fe que el hombre caído no podía redimirse a sí mismo.

El Concilio de Trento enseña que los hombres caídos eran de tal forma esclavos del pecado, y se hallaban bajo la servidumbre del demonio y de la muerte, que ni los gentiles podían librarse ni levantarse con las fuerzas de la naturaleza, ni tampoco los judíos podían

hacerlo con la letra de la ley Mosaica (19). Solamente un acto libre por parte del amor divino podía restaurar el orden sobrenatural, destruido por el pecado. El Apóstol S. Pablo nos enseña, en su Carta a los Romanos, que todos los hombres, bien sean judíos o gentiles, se hallan bajo la maldición del pecado, y son justificados gratuitamente por el amor divino, en virtud de un acto redentor de Cristo (20). Hermosamente condensó S. Agustín la doctrina de los Padres de la Iglesia en la siguiente frase: "Los hombres pudieron venderse, mas no pudieron rescatarse" (21).

Con lo dicho quedamos mejor dispuestos y tenemos el camino preparado para contemplar lo que será objeto de otro artículo: El amor del Redentor en su Obra de Redención.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

(15) 1 Io., 3, 8.

(16) Io., 8, 32.

(17) 1 Tim., 2, 5-6.

(18) Hebr., 9, 15.

(19) Denz., 792.

(20) Rom., 3, 23.

(21) Enarr. in Ps. 95, 5.



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Junio - 1961

**GENERAL:** «Que se promueva el culto al Sagrado Corazón de Jesús según la mente de la Iglesia y con los medios aptos para los hombres actuales».

**MISIONAL:** «Que en las escuelas de las Misiones los maestros formen cristianos verdaderos».

# LA ORACION DE CONSAGRACION

## II

### La libertad hecha amor

Hemos tratado hasta ahora de determinar este momento de la eternidad en el tiempo, atendiendo sólo a su esencia abstracta y formal (\*). Le hemos descrito como el acto de la total auto-disposición de la libertad sobre el hombre y las posibilidades de toda su vida. Pero con ello no hemos dicho aún lo más. Porque esta total auto-disposición puede, como acto de la libertad, ser de esta o de la otra manera, *puede ser un sí o un no*, elevación o caída, salvación o ruina, eternidad del salvado o eternidad del perdido.

Por ello hay que preguntar más: ¿De qué debe llenarse este momento de la eternidad en el tiempo para que pueda ser la eternidad de la salud; el puro, limpio, sincero y definitivo sí? ¿Cuál es el hecho por el cual únicamente el hombre entero se sublima en la verdadera eternidad?

La respuesta parece ofrecerse obvia: *el acto del amor a Dios*. Pero no demos por demasiado clara esta simple respuesta. Porque en un doble aspecto no lo es.

Si hemos entendido lo hasta aquí reflexionado, una cosa aparece ya de por sí manifiesta. *No cualquier acto de amor a Dios es un tal momento de la eternidad en el tiempo*. Cada acto de amor divino puede ser un esfuerzo hacia ello. Pero no sólo no llegaremos nunca a saber (fuera quizá de contadísimos casos) si este conato de realizar aquel momento cumbre como acto de amor ha tenido éxito, *sino que todos estos conatos, a excepción de uno, fracasarán de hecho*. Lo que naturalmente no quiere en absoluto decir que estos fallidos conatos carezcan de significado ante Dios y para nosotros; son ellos de altísima importancia, ineludibles entrenamientos para el único conato logrado.

Porque un tal momento (y éste era el sentido de todo lo hasta aquí dicho a vuelta de muchas palabras) sólo hace su entrada en el acto de amor, cuando este acto se realiza *con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas*. Sólo cuando el hombre en el acto de la libertad, hecha amor, se ha volcado y agotado literalmente, *sin dejar residuo, y, por tanto, de un modo definitivo e irrevocable*. Y así sólo pocas veces, *acaso sólo una, pero una...* Y para siempre, *será nuestro amor*. Porque ¿cuándo hemos amado a Dios de todo nuestro corazón, de toda nuestra alma, de toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas? (Mc., 12, 30).

Si tomamos en serio estas tremendas palabras: *todo, todas*, vendremos a entender que el mandato de amar a Dios con la totalidad del hombre (de su ser y de su tiempo) *es el mandato de proyectar nuestro amor en este momento de la eternidad en el tiempo, intentándolo constante y renovadamente; hasta que nos sea donado en gracia y tenga su colmado éxito*. Diremos que el mandato del amor en el momento de la eternidad temporal. *Cada momento del amor se orienta y tiende a ese momento supremo*, y sólo en él alcanzará su plenitud, sin ser aún ese mismo momento.

En un segundo aspecto no es tampoco evidente que aquel acto de amor a Dios y sólo él (tratamos siempre de actos del ser finito que es el hombre), sea el contenido del propio momento de la eternidad en el tiempo.

Este momento, como dijimos, debe ser el momento de la *integración* total de la vida. ¿Y es ya de por sí evidente que el amor y sólo él es capaz de realizar esta integración? ¿No tropezaremos aquí precisamente con la no evidente ni clara esencia del amor? Si preguntamos: ¿cuál es el acto capital del hombre en el que éste puede concentrar su entero ser y vivir, aquel acto que puede abarcarlo todo y encerrarlo todo, todo lo que se llama hombre y vida del hombre: risa y llanto, dicha y desesperación, espíritu y corazón, el "cada día" y las horas cumbres, cielo y tierra, fuerza y libertad, pecado y salvación, pasado y futuro? No se ofrece ciertamente tan inmediata ni evidente la respuesta a esta pregunta. No nos atreveríamos a decir a cierra ojos que es el amor el cauce de esa integración total humana.

Pero está patente al menos una realidad. *El amor a Dios puede, efectivamente, abarcarlo todo y sólo él*. Porque él solo pone al hombre delante de Aquel sin el cual el hombre sería sólo la horrible conciencia del vacío radical y de la nada. El sólo está en disposición de aunar todas las fuerzas múltiples, caóticas y entre sí opuestas del hombre, porque él lo refiere todo a Dios, cuya unidad e infinitud puede realizar en el hombre aquella unidad que reduce a síntesis la multiplicidad de lo finito sin eliminarlo. El amor, sólo él, hace al hombre olvidarse de sí mismo (¡qué infierno si no se nos diera al fin lograr esto!). El sólo puede salvar todavía las más oscuras horas del pasado, porque sólo él encuentra en sí valor para creer en la misericordia del Dios Santo. Sólo él no se reserva a sí nada y puede por ello disponer aún del futuro (que de otro modo el hombre, desbordado por la angustia de su finitud, estaría siempre tentado de ahorrarse). *El puede, a la par que a Dios, amar también a esta tierra. Y así puede integrar en ese momento de eternidad todos los amores de acá, y sólo a él no se le acabará el ánimo y el optimismo en esta vida, porque ama a Aquel que nunca se ha arrepentido de haber hecho esta tierra, que nos aparece como tierra de pecado, de maldición, de muerte, de inanidad*.

El amor de Dios es realmente *la única total integración de la existencia del hombre*, y sólo entonces habremos penetrado ese amor en toda su alteza y dignidad y grandeza integradora, cuando le hayamos entendido así; cuando hayamos sentido que debe ser él el contenido de ese momento de la eternidad temporal. Sin él, en efecto, ese momento no sería más que el juicio ya de antemano juzgado y sentenciado, *iam iudicatus est* (Jo., 3, 18), con él, en cambio, ese momento único será aquello que quiere y debe ser: todo.

Habría aún mucho que decir sobre este acto del amor, contenido del momento de la eternidad temporal. Lo primero, que tal acto *es gracia*, aún llamándose y siendo el más sublime acto de la libertad. Justamente por-

\* Véase el número anterior de "Cristiandad".

que si nosotros podemos amar a Dios, es sólo en virtud de sus fuerzas y auxilios; porque *nuestro amor es siempre una respuesta a Aquel que primero nos amó a nosotros*; porque Él es quien infunde su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

Por ello este momento es *gracia*. Pero aparte de la genérica gratuidad del amor de Dios, es ya de un modo especial gracia ese momento de la eternidad temporal, como tal. Porque poder disponer totalmente de sí; poder tener a su disposición todos los fondos de las propias posibilidades; poder fundir el metal de la propia vida y vaciarlo por entero y sin residuos y limpio de escorias en el único molde de la imagen de Dios; una tal posibilidad, como algo siempre ofrecido y a punto, es cosa que pertenece a la esencia del ángel, pero no está en las manos del hombre, ni se le da en todo tiempo a voluntad, sino que constituye un excepcional momento cumbre de su vida, que se le da de gracia, y que será en él efectivamente gracia, si de tal modo lo recibe que lo afronta y lo llena como debe. Es gracia ya que él lo *reciba*, y es gracia también que lo *pueda llevar* con el amor a Dios.

Ese supremo momento de la libertad, que se labra su suerte definitiva en la eterna integración de la vida entera, es de este modo, en su esencia y existencia, *gracia y libertad*.

\* \* \*

Parece que nos hemos alejado mucho de nuestro propósito, que era ver qué ocurre propiamente en una consagración. Pero no estamos sino muy próximos a nuestro objetivo final. Podemos, en efecto, ahora simplemente decir: la consagración (tal como la hemos delimitado al comienzo) *es el serio y concentrado esfuerzo hacia el momento de la eternidad en el tiempo, en la forma del acto de amor*.

Si tenemos ahora bien presente todo lo que quisimos entender bajo la expresión *momento de la eternidad temporal*, y todo el significado que hemos dado al acto de la total y definitiva integración de toda nuestra vida; y si llana e imparcialmente miramos lo que el hombre trata de hacer en una consagración; tendremos por buena y exacta la definición dada, y no hará falta ya sino añadir unas pocas palabras de explicación.

Ha quedado ya claro que el acto fundamental de una consagración es el acto de amor. Que en la consagración se aspire a que ese acto de amor sea un acto puro y concentrado, lleno de claridad, lleno de verdad y salido de lo más íntimo y vital del corazón (en la unidad compacta de todas las fuerzas del espíritu y la mente), se deja inmediatamente traslucir de las mismas notas exteriores que acompañan a un proceso de consagración. ¿Qué significaría si no, la preparación, la previa madura reflexión, la exteriorización, la pronunciación y solemnidad de una consagración? Y que un acto de amor de tal naturaleza tienda por su propia esencia a inducir

en el tiempo, lo que a los ojos de Dios constituye el acontecimiento decisivo de nuestra vida, el hecho que tendría en misteriosa teología la vida pasada entera como preparación, hecho fin de toda ella, y para el que todo lo siguiente sería sólo como el desarrollo de un tema ya definitiva e irrevocablemente encontrado.

Cierto, ese conato muy frecuentemente no será logrado, o no del todo. Seguramente no sabremos nunca si ha tenido éxito, y por ello deberemos, aún después de la consagración, obrar nuestra salud con temor y temblor, en la persuasión de que aún no somos lo que debemos y podemos ser, y que el camino de peregrinación de nuestra vida será aún largo, y lleno de inesperadas sorpresas. Pero ¿no es ya la consagración algo en verdad santo y grande, por ser el conato y el esfuerzo hacia aquella hora cumbre? Y ¿quién sabe? Acaso el intento ha sido efectivamente logrado; acaso se ha dicho efectivamente en él la palabra grande y única de nuestra vida, la palabra en la que nos hemos dicho a nosotros mismos total y definitivamente. No lo sabremos. Pero él lo sabrá. Y ¿no es ya eso bastante? ¿No es propio del amor decir siempre nuevas palabras, cada vez más concentradas, cada vez más íntimas, hasta que da al fin con la *única palabra que de verdad lo dice todo y es digna de ser eterna*?

\* \* \*

Estas consideraciones nuestras podrán arrojar alguna luz sobre la *manera* particular como deberá planearse y realizarse una consagración. Cómo no debe ser una acción del "cada día" de nuestra vida religiosa; cómo debe ser cuidadosamente preparada; cómo deberá adaptarse su forma concreta a las peculiaridades espirituales y anímicas del que se consagra, para que sea posible que el corazón vaya a una con las palabras de la consagración; cómo es un contrasentido el multiplicar hasta el infinito las consagraciones; cómo ha de enfocarse el hombre desde una auténtica, seria y realística actualización de toda su vida; cómo debe ser la consagración misma impetrada y pedida a Dios como gracia, etc. Pero no nos detendremos aquí en estos interesantes aspectos.

Habíamos comenzado nuestras reflexiones con la pregunta de si, efectivamente, ocurre algo nuevo en una consagración. Podemos ahora responder taxativamente: la consagración es el intento de hacer un algo que es el *todo*, es el conato de realizar el acto total de nuestra vida. *Todo* puede decirse que ha ocurrido en nosotros si ha tenido pleno éxito. Aún si este éxito no ha sido *total*, *algo* muy importante ha tenido lugar; un hombre ha realizado al menos una parte del amor que en todo caso es misión de su vida y contenido de su eternidad. ¿No es esto ya mucho? Y si alguien dijera que esto ocurre ya también en el "cada día" de la vida del cristiano, justamente por el hecho de que la rutina y la monótona pesadez del "cada día" es la situación auténtica del ver-

mento de eternidad en el tiempo. Todo o algo que es mucho ocurre, pues, al hombre en la consagración.

Después de haber mirado, como hasta aquí hemos hecho, la consagración por el lado del hombre se podría todavía preguntar si por el lado de Dios no "ocurre también algo"; cómo responde Él a la palabra del amor en la consagración, y si no está ahí precisamente lo peculiar de una consagración, en esa respuesta de Dios. Con seguridad habría mucho que decir sobre ello. *Porque Dios se acerca a aquel que se acerca a Dios, dice la Escritura (Jac., 4, 8)*. Y así habría mucho que hablar sobre la magnificencia de este acercamiento de Dios en la consagración. Sin embargo, todo lo decisivo para nuestro propósito está ya dicho. Porque es bien verdad que Él se acerca a nosotros precisamente al darnos graciosamente la posibilidad de acercarnos a Él. Y qué haya encerrado en esta suprema posibilidad del hombre, ha sido justamente el tema central de nuestras reflexiones.

\* \* \*

Para terminar tocaremos todavía brevemente una última cuestión. Hasta ahora hemos supuesto simplemente en nuestras consideraciones que la consagración se dirige a Dios, al Padre, al Dios Trino, al amor humano-divino del Señor y de su Corazón. Porque hemos hablado del amor de Dios en su momento cumbre; y ese amor se dirige esencialmente a Dios. Pero hay también consagraciones que, al menos en su sentido inmediato, no se dirigen a Dios, sino a algún Santo del cielo y sobre todo a la Santísima Virgen, Madre de Dios. ¿Valdrá también lo que hemos dicho de la consagración para esta clase de consagraciones? Podemos responder: Sí; todo lo dicho vale también para esta consagración, si se entiende rectamente su sentido y significado último.

La consagración y el amor en ella operante hacia alguna persona de la bienaventurada compañía de Dios en el cielo, son, en su más íntimo contenido esencial, un acto del amor a Dios. Porque el amor al prójimo (por tanto, también a aquellos que están proximísimos a nosotros por estar unidos con Dios para siempre) es un amor que tiene como motivo formal "el amor a Dios", tiene su raíz y apoyo en la virtud teologal de la caridad. Cómo ello sea y por qué, no puede ni necesita ahora ser explicado, presuponemos simplemente este principio como doctrina general de la Teología.

Cuando nos consagramos a una persona del mundo celestial, el movimiento de nuestro corazón no va a ella para parar en ella, sino, por decirlo así, para ir con ella y ascender apoyados en ella, en una unión y coincidencia de movimientos de ambos corazones (*porque su cora-*

*zón tiene un movimiento impreso ya para toda la eternidad y nosotros nos insertamos en ese movimiento con nuestro afecto y devoción hacia ella*); y así unidos, volar más y más hasta internarnos en Dios.

Esto vale, ante todo, de la consagración a la Santísima Virgen y a su Inmaculado Corazón, quintaesencia de su amor a Dios hecho eternidad, símbolo de la interior totalidad de su purísimo ser integralmente dado a Dios en amor. El que se consagra a este amor y sabe realmente lo que hace y hacia dónde se dirige el acto de su corazón en esa consagración, se sentirá introducido en el eterno movimiento de amor del corazón de la Beatísima Virgen. Amaré a Dios, y a Él, en último término, es a quien se consagrará.

\* \* \*

Existen muchas y diversas consagraciones. Para nosotros y sobre nosotros se han rezado ya muchas. Han podido acaso parecernos demasiadas, demasiado frecuentes, pronunciadas con demasiada prisa, y quizá nos han resultado un poco angustiosas al ver con qué facilidad y resolución se prodigan las supremas palabras, que sólo a duras penas puede seguir el corazón al tiempo que las dice la boca.

Hasta podría venírnos al pensamiento que el verdadero amante calla ante Dios su amor y prefiere que hable en mudo silencio ante Él el doloroso anhelo de un amor que no experimenta en sí el hombre, sin osar decir en voz alta al severo escudriñador del corazón que le ama (¡Ah! ¡Si pudiera tener certeza de ello!) Pero contra este sutil escrúpulo se alza la dulce seguridad de que el Dios bueno y amante conoce bien la mezquindad de nuestro pobre corazón, y, no obstante, ama (esto es lo divino de su amor), ama el amor que florece en nosotros; amor que no es digno de Él; ama el mundo dolor de nuestro inútil corazón que cree no amar, que cree no poder amar de verdad.

Y si Dios es así, ¿no habrá que decir que *en aquella enmudecida humildad y en aquel temor encogido de hablar a Dios palabras de amor despreocupada e infantilmente, se esconde un resto de soberbia no redimida aún*, como si nuestro amor hubiera de ser digno de El, como si El esperara para amarnos a que nuestro amor fuera como debe ser?

Mas si eliminamos esa secreta soberbia, ¿no podremos decir tímidamente, infantilmente, pero de veras: "Padre querido, yo (sí, me atrevo), yo Te amo"?

Todas las oraciones de consagración son sólo variaciones de este único e inagotable tema.

Carlos RAHNER, S. I.

«Lo que no pudo dar Satanás a Cristo Dios en el Tibidabo de Palestina, aunque orgullosamente se lo prometiera, se lo ofrecerá el Tibidabo Barcelonés como nacional homenaje de rendida adoración y de fidelísimo vasallaje».

Félix Sardá y Salvany

Sababell, octava de Todos los Santos de 1913



# LA IGLESIA Y EL ALZAMIENTO NACIONAL

## *La Carta colectiva del Episcopado*

A las enseñanzas que los Pastores habían prodigado a sus greyes respectivas con la palabra y con la pluma orientándoles sobre los deberes religiosos y patrióticos que la guerra les imponía, convenía añadir una declaración colectiva y más solemne que deshiciera los infundios propalados sobre todo en el extranjero y diera cumplida respuesta a las consultas de orden moral que de la carta colectiva del Episcopado todo el mundo católico se recibían. Antes de cumplirse el primer aniversario del estallido inicial, el 1.º de julio de 1937, aparecía el documento colectivo firmado por los responsables de medio centenar de diócesis, que escribían “desde España, haciendo memoria de los Hermanos difuntos y ausentes de la patria”. A esos Hermanos difuntos, se añadiría todavía la sangre de uno de los firmantes, fray Anselmo Polanco, de la Orden de San Agustín, Obispo de Teruel-Albarracín.

La autoridad y el peso de la Carta colectiva no necesitan encarecimiento. Todo católico ilustrado conoce el valor y la obligatoriedad de una enseñanza respaldada por la Jerarquía católica de toda una nación.

“Rara vez en la Historia — decía por aquellas fechas la *Civiltà Cattolica* — el Episcopado de una nación se ha dirigido a los Obispos del mundo en Carta colectiva para informarlos de los acontecimientos internos de su propio país, máxime cuando éstos tienen la apariencia política de guerra civil o revolución interna”.

Quien lea con desasosonamiento y serenidad el solemne documento admirará en él densidad, concisión y documentación que eran de esperar. Procuraremos extractarlo y resumirlo.

Comienzan los Prelados por dar la razón de su escrito: gratitud por las muestras de interés y por las ayudas recibidas del mundo católico; dolor por el desconocimiento casi general de la verdad de lo que en España ocurre; cumplimiento de un triple deber de religión, de patriotismo y de humanidad.

La carta no será la demostración de una tesis, sino que tendrá un carácter asertivo y categórico de orden empírico; y en primer lugar los Prelados fijan:

### **La posición del Episcopado ante la guerra**

*“Conste antes que todo, ya que la guerra pudo preverse desde que atacó ruda e inconsideradamente al espíritu nacional, que el Episcopado español ha dado, desde el año 1931, altísimos ejemplos de prudencia apostólica y ciudadana. Ajustándose a la tradición de la Iglesia y siguiendo las normas de la Santa Sede, se puso resueltamente al lado de los poderes constituidos, con quienes se esforzó en colaborar para el bien común. Y a pesar de los repetidos agravios a personas, cosas y derechos de la Iglesia, no rompió su propósito de no alterar el régimen de concordia de tiempo atrás establecido. Etiam dys-*

*colis: A los vejámenes respondimos siempre con el ejemplo de la sumisión leal en lo que podíamos; con la protesta grave, razonada y apostólica cuando debíamos; con la exhortación sincera que hicimos reiteradamente a nuestro pueblo católico a la sumisión legítima, a la oración, a la paciencia y a la paz. Y el pueblo católico nos secundó, siendo nuestra intervención valioso factor de concordia nacional en momentos de honda conmoción social y política.*

*”Al estallar la guerra hemos lamentado el doloroso hecho más que nadie, porque ella es siempre un mal gravísimo, que muchas veces no compensan bienes problemáticos, y porque nuestra misión es de reconciliación y de paz: Et in terra pax. Desde sus comienzos hemos tenido las manos levantadas al cielo para cese. Y en estos momentos repetimos la palabra de Pío XI, cuando el recelo mutuo de las grandes potencias iba a desencadenar otra guerra sobre Europa: “Nos invocamos la paz, bendecimos la paz, rogamos por la paz”. Dios nos es testigo de los esfuerzos que hemos hecho para aminorar los estragos que siempre son su cortejo.*

*”Con nuestros votos de paz juntamos nuestro perdón generoso para nuestros perseguidores y nuestros sentimientos de caridad para todos. Y decimos sobre los campos de batalla y a nuestros hijos de uno y otro bando la palabra del Apóstol: El Señor sabe cuánto os amamos a todos en las entrañas de Jesucristo.*

*”Pero la paz es la “tranquilidad del orden divino, nacional, social e individual, que asegura a cada uno su lugar y le da lo que es debido colocando la gloria de Dios en la cumbre de todos los deberes y haciendo derivar de su amor el servicio fraternal de todos”. Y es tal la condición humana y tal el orden de la Providencia — sin que hasta ahora haya sido posible hallarle substitutivo —, que diendo la guerra uno de los azotes más tremendos de la humanidad, es a veces el remedio heroico, único, para centrar las cosas en el quicio de la justicia y volverlas al reinado de la paz. Por eso la Iglesia, aún siendo hijo del Príncipe de la Paz, bendice los emblemas de la guerra, ha fundado las órdenes militares y ha organizado cruzadas contra los enemigos de la fe.*

*”No es este nuestro caso. La Iglesia no ha querido esta guerra ni la buscó, y no creemos necesario vindicarla de la nota de beligerante con que en peñados extranjeros se ha censurado a la Iglesia en España. Cierzo que miles y miles de hijos suyos, obedeciendo a los dictados de su conciencia y de su patriotismo, y bajo su responsabilidad personal, se alzaron en armas para salvar los principios de religión y justicia cristianas que secularmente habían informado la vida de la nación; pero quien la acuse de haber provocado esta guerra o de haber conspi-*

rado para ella, y aún de no haber hecho cuanto en su mano estuvo para evitarla, desconoce o falsea la realidad.

"Esta es la posición del Episcopado español, de la Iglesia española, frente al hecho de la guerra actual. Se la vejó y persiguió antes de que estallara; ha sido víctima principal de la furia de una de las partes contendientes, y no ha cesado de trabajar con su plegaria, con sus exhortaciones, con su influencia para aminorar sus daños y abreviar los días de prueba."

Los obispos reclaman la libertad de su ministerio

"...esta libertad la reclamamos, ante todo para el ejercicio de nuestro ministerio; de ella arrancan todas las libertades que vindicamos para la Iglesia. Y, en virtud de ella, no nos hemos atado con nadie — personas, poderes o instituciones —, aun cuando agradecemos el amparo de quienes han podido librarnos del enemigo que quiso perdernos y estamos dispuestos a colaborar, como obispos y españoles, con quienes se esfuerzan en reinstaurar en España un régimen de paz y de justicia. Ningún poder político podrá decir que nos hayamos apartado de esta línea en ningún tiempo.

### El quinquenio que precedió a la guerra

La guerra la acarrió la temeridad, los errores, tal vez la malicia o la cobardía de los gobernantes del quinquenio que precedió al conflicto armado.

"Y si hoy, colectivamente, formulamos nuestro veredicto en la cuestión complejísima de la guerra de España, es, primero, porque, aun cuando la guerra fuese de carácter político o social, ha sido tan grave su repercusión de orden religioso, y ha aparecido tan claro desde sus comienzos, que una de las partes beligerantes iba a la eliminación de la religión católica en España, que nosotros, Obispos católicos, no podíamos inhibirnos sin dejar abandonados los intereses de Nuestro Señor Jesucristo... y luego porque la posición de la Iglesia española ante la lucha, es decir, del Episcopado español, ha sido torcidamente interpretada en el extranjero..."

"Los incendios de los templos en Madrid y provincias en mayo de 1931, las revueltas de octubre de 1934, especialmente en Cataluña y Asturias, donde reinó la anarquía durante dos semanas; el período turbulento que corre de febrero a julio de 1936, durante el cual fueron destruidas o profanadas 411 iglesias y se cometieron cerca de 3.000 atentados graves..."

"Nuestro régimen político de libertad democrática se desquició por arbitrariedades de la autoridad del Estado y por coacción gubernamental que trastocó la voluntad popular... dándose el caso, en las últimas elecciones parlamentarias, febrero de 1936, de que, con más de medio millón de votos sobre las izquierdas, obtuviesen las derechas 118 diputados menos que el Frente popular... viciándose así en su origen la legitimidad del Parlamento."

A continuación consignan los Obispos hechos y números que muestran el proceso acelerado de la influen-

cia e intromisión del Comunismo ruso, y a la vista de tantos desmanes, concluyen:

"Cotéjese con la doctrina de Santo Tomás sobre el derecho a la resistencia defensiva por la fuerza y falle cada cual en justo juicio. Nadie podrá negar que, al tiempo de estallar el conflicto, la misma existencia del bien común — la religión, la justicia, la paz — estaba gravemente comprometida; y que el conjunto de las autoridades sociales y de los hombres prudentes que constituyen el pueblo en su organización natural y en sus mejores elementos reconocían el público peligro. Cuanto a la tercera condición que requiere el Angélico, de la convicción de los hombres prudentes sobre la probabilidad del éxito, la dejamos al juicio de la historia: los hechos, hasta ahora, no le son contrarios.

Responden luego al reparo infundado de que sin el alzamiento no hubiera habido matanzas de clérigos. Además el movimiento militar se produjo desde el principio con la cooperación del pueblo sano y no sin antes intimar a los poderes públicos a oponerse, por vías legales a la revolución inminente.

### El alzamiento militar y la revolución comunista

"La revolución comunista, aliada de los ejércitos del Gobierno, fue, sobre todo, antidivina. Se cerraba así el ciclo de la legislación laica de la Constitución de 1931 con la destrucción de cuanto era cosa de Dios... se produjo en el alma nacional una reacción de tipo religioso, correspondiente a la acción nihilista y destructora de los sin-Dios."

La guerra es como un plebiscito armado, la lucha política se transformó en lucha cruenta entre la civilización cristiana y tradicional y la marxista, comunista o anarquista. El internacionalismo comunista ha hecho que la guerra haya llegado a revestir caracteres de lucha internacional y se ha podido decir de ella que era "una carrera de velocidad entre el bolchevismo y la civilización cristiana".

"El alzamiento cívico-militar fue en su origen un movimiento nacional de defensa de los principios fundamentales de toda sociedad civilizada; en su desarrollo, lo ha sido contra la anarquía coaligada con las fuerzas al servicio de un gobierno que no supo o no quiso tutelar aquellos principios.

"Consecuencias de esta afirmación son las conclusiones siguientes:

Primera: Que la Iglesia, a pesar de su espíritu de paz, y de no haber querido la guerra ni haber colaborado en ella, no podía ser indiferente en la lucha; se lo impedían su doctrina y su espíritu, el sentido de conservación y la experiencia de Rusia. De una parte se suprimía a Dios, cuya obra ha de realizar la Iglesia en el mundo, y se causaba a la misma un daño inmenso, en personas, cosas y derechos, como tal vez no lo haya sufrido institución alguna en la historia; de la otra, cualesquiera que fuesen los humanos defectos, estaba el esfuerzo por la conservación del viejo espíritu, español y cristiano.

Segunda: La Iglesia, con ello, no ha podido ha-

cerse solidaria de conductas, tendencias, o intenciones que en lo presente o en lo porvenir, pudiesen desnaturalizar la noble fisonomía del movimiento nacional, en su origen, manifestaciones y fines.

Tercera: *Afirmamos que el levantamiento cívico-militar ha tenido en el fondo de la conciencia popular un doble arraigo: el del sentido patriótico, que ha visto en él la única manera de levantar a España y evitar su ruina definitiva; y el sentido religioso, que lo consideró como la fuerza que debía reducir a la impotencia a los enemigos de Dios, y como la garantía de la continuidad de su fe y de la práctica de su religión.*

Cuarta: *Hoy por hoy, no hay en España más esperanza para reconquistar la justicia y la paz y los bienes que de ellas derivan, que el triunfo del movimiento nacional. Tal vez hoy menos que en los comienzos de la guerra, porque el bando contrario, a pesar de todos los esfuerzos de sus hombres de gobierno, no ofrece garantías de estabilidad política y social.*

### Características de la revolución comunista

Los Obispos españoles quieren dejar bien claros los caracteres de teofobia que resaltan en el campo rojo:

*"...afirmamos que en la historia de los pueblos occidentales no se conoce un fenómeno igual de vesania colectiva, ni un cúmulo semejante, producido en pocas semanas, de atentados cometidos contra los derechos fundamentales de Dios, de la sociedad y de la persona humana. Ni sería fácil... hallar en la historia una época o un pueblo que pudieran ofrecernos tales y tantas aberraciones... Añadimos que la hecatombe... fue premeditada... La destrucción de las iglesias o, a lo menos, de su ajuar, fue sistemática y por series. En el breve espacio de un mes se habían inutilizado todos los templos para el culto. Ya en 1931 la Liga Atea tenía en su programa un artículo que decía: «Plebiscito sobre el destino que hay que dar a las iglesias y casa parroquiales»... Para la eliminación de personas destacadas que se consideraban enemigas de la revolución se habían formado previamente «listas negras». En algunas y en primer lugar, figuraba el Obispo.*

*"Fue cruelísima la revolución. Las formas de asesinato revistieron caracteres de barbarie horrenda... Se calculan en número superior a 300.000 los seglares que han sucumbido asesinados sólo por sus ideas políticas y especialmente religiosas... a muchos se les han amputado los miembros o se les ha mutilado espantosamente antes de matarlos; se les han vaciado los ojos, cortado la lengua, abierto en canal, quemado o enterrados vivos, matado a hachazos."*

En concepto de los firmantes, la revolución fue bárbara, conculcó los más elementales principios del derecho de gentes y fue esencialmente antiespañola, pero sobre todo, fue anticristiana. Sigue la enumeración de las pruebas:

*"Contamos los mártires por millares... pero casi no hallaríamos en el Martirologio romano una forma de martirio no usada por el comunismo, sin ex-*

*ceptuar la crucifixión; y en cambio hay formas nuevas de tormento que han consentido las sustancias y máquinas modernas."*

Tras una enumeración genérica y específica de algunas manifestaciones de impiedad del bando comunista, siguen unas palabras de perdón para sus almas alucinadas que, al morir sancionados por la ley, se reconcilian en su inmensa mayoría con el Dios de sus padres. A continuación se describen los caracteres del movimiento nacional. Su denominación es justa, porque el movimiento fue aceptado como una esperanza por toda la nación. Ha fortalecido el sentido de patria, contra el exotismo de las fuerzas que le son contrarias. A ese buen espíritu se deben los gloriosos martirios. Palabras dignas de notarse:

*"Y como el amor patrio, cuando se ha sobrenaturalizado por el amor de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, toca las cumbres de la caridad cristiana, hemos visto una explosión de verdadera caridad que ha tenido su expresión máxima en la sangre de millares de españoles que la han dado al grito de ¡Viva España!, ¡Viva Cristo Rey!*

*"Dentro del movimiento nacional se ha producido el fenómeno maravilloso, del martirio, verdadero martirio, como ha dicho el Papa, de millares de españoles, sacerdotes, religiosos y seglares; y este testimonio de sangre deberá condicionar en lo futuro, so pena de inmensa responsabilidad política, la actuación de quienes, depuestas las armas, hayan de construir el nuevo Estado en el sosiego de la paz."*

El alzamiento ha sabido asegurar el orden en su territorio, cosa que no han conseguido los comunistas. Tal situación permite en la España nacional esperar un régimen de justicia y paz. Responden los Obispos a ciertos reparos: La Iglesia se ha defendido contra un movimiento popular, haciéndose fuerte en sus templos y de ahí se siguieron las matanzas de clérigos y fieles... La Iglesia era propietaria del tercio del territorio nacional... Es temeraria y partidista al mezclarse en una contienda que tiene dividida a la nación... Lucha al lado de los ricos contra el bando de los pobres... Su triunfo llevará la nación a la esclavitud del Estado... Sus dirigentes han cometido crímenes semejantes a los cometidos por los del Frente Popular... Tras dar cumplida respuesta a cada objeción con una ponderación admirable, añaden los Prelados:

*"Dos palabras sobre el problema del nacionalismo vasco, tan desconocido y falseado y del que se ha hecho arma contra el movimiento nacional. Toda nuestra admiración por las virtudes cívicas y religiosas de nuestros hermanos vascos. Toda nuestra caridad por la gran desgracia que les aflige, que consideramos nuestra porque es la de la patria. Toda nuestra pena por la ofuscación que han sufrido sus dirigentes en un momento grave de su historia. Pero toda nuestra reprobación por haber desoído la voz de la Iglesia y tener realidad en ellos las palabras del Papa en su Encíclica sobre el comunismo: «Los agentes de destrucción, que no son tan numerosos, aprovechándose de estas discordias (de los católicos), las hacen más estridentes, y aca-*

# VALENCIANISMO Y TRADICION VALENCIANA (\*)

El artículo de don Francisco Canals Vidal publicado en el número 362, abril 1961, de CRISTIANDAD plantea una serie de dudas históricas sobre el origen del catalanismo. Sería interesante que en Cataluña tuvieran en cuenta el paralelismo con Valencia para comprender los orígenes históricos de un mismo fenómeno. Como resumen de todo lo que vamos a decir, se puede formular la siguiente conclusión: Torres i Bages tiene más razón que nadie, enfoca las causas profundas con visión más realista que nadie.

La situación de Valencia era la siguiente, en líneas generales:

Siglo XIII: La conquista y nuevo orden cristiano, al enlazar con las supervivencias greco-romanas de la Antigüedad pre-medieval que quedaron petrificadas en la Valencia islámica, supervivencias más importantes de lo que se cree, ya que el Islam fue sólo un barniz de la superestructura exterior, originó una estructura y político-social más moderna que en la feudal Cataluña y Aragón. En realidad la Valencia medieval aparece como un anticipo maduro del Renacimiento, en la político-social, y ello explica la rápida aclimatación del Renacimiento cultural italiano en el siglo xv.

Siglo XIV: A partir de 1315 aparecen ya manifiestas las luchas contra el feudalismo. La cultura cristiana valenciana tiene un tinte franciscano y Lulliano muy perceptible, pero al final del siglo es ya francamente tomista y aparece la influencia clásica en literatura (Vilarrugat, Antonio Canals, etc.).

Siglo XV: Valencia introdujo el Renacimiento en España. Es el siglo de la máxima grandeza valenciana en todos los órdenes: político, económico, social, urbano, literario, cultural, etc.

Siglo XVI: La cultura valenciana se mantuvo en gran esplendor durante toda la primera mitad del siglo XVI. Era muy superior a Cataluña. En realidad toda la posterior cultura castellana del Siglo de Oro bebió en fuentes valencianas, toda está fundada en elementos culturales imitados de Valencia, que después los castellanos transformaron y desarrollaron en sentidos diversos. La

(\*) Nos complacemos en publicar el presente artículo que nos remite desde Valencia nuestro suscriptor D. Guillem Renard i Ferris.

decadencia valenciana no empieza hasta la segunda mitad del siglo XVI, especialmente la caída cultural fue fulminante a partir de Felipe II, y más a partir de 1570. El período inmediatamente posterior a 1570 fue catastrófico para Valencia. Entre 1570 y 1608 hace el efecto de una decadencia vertical.

Siglo XVII: En entrar el siglo XVII la decadencia valenciana es total. El siglo XVII valenciano es culturalmente estéril y políticamente una ficción. En el siglo XVII Valencia queda a un nivel mucho más bajo que Cataluña: culturalmente todo es muy malo, económicamente miserable, políticamente abyecto. Solamente se conserva el esqueleto de las instituciones y la tradición del pasado.

Siglo XVIII: La paz originó un renacimiento económico, una mejoría. Aumentó visiblemente la demografía y hay un cambio cultural. Las corrientes culturales europeizantes no fueron en Valencia las ideológicas, sino las científicas, de las cuales Mayans i Ciscar es su más alto representante, pero que abarcan todos los campos: Cavanilles, el P. Tosca, etc. El siglo XVIII valenciano fue un siglo de grandes sabios valencianos en todos los terrenos. Pero había unas corrientes tradicionalistas representadas por los grandes eruditos que recogen todo el pasado: eran los patriotas y los valencianistas, estos últimos representados por Carlos Ros y sus secuaces. En realidad, tanto los científicos tipo Mayans, como los eruditos (tipo P. Rodríguez, Ximeno, Teixidor, Ribelles, etc.), como los defensores y propagadores de la lengua (Ros, Sanelo, Galiana, etc.), pensaban todos lo mismo como objetivo de sus afanes: la restauración de la personalidad valenciana.

Todo el siglo XVIII valenciano es un colosal esfuerzo de restauración. En verdad la *Renaixença* viene del siglo XVIII. No es una *renaixença*, según la frase acuñada por los románticos del siglo XIX de Cataluña, que se creían que ellos lo habían hecho todo, sino una *represa*, una continuidad, una supervivencia, de una vida que nunca murió. El siglo XVIII valenciano no hace más que mantener y conservar toda la herencia del pasado, que no era poca. Torres i Bages lo vio claro en Cataluña y lo hubiera visto más claro en Valencia.

*ban por lanzar a la lucha a los católicos los unos contra los otros». «Los que trabajan por aumentar las disensiones entre los católicos toman sobre sí una terrible responsabilidad, ante Dios y ante la Iglesia.» «El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él, en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana.» «Cuanto las regiones donde el comunismo consigue penetrar, más se distinguen por la antigüedad y grandeza de su civilización cristiana tanto más devastador se manifestará allí el odio de los «sin-Dios»».*

El trascendental documento se cierra con una sentida queja y un último ruego:

*No se nos ha hecho siquiera el honor de considerarnos víctimas. La razón y la justicia se han pesado en la misma balanza que la sinrazón y la injusticia, tal vez la mayor que han visto los siglos... Ayudadnos a difundir la verdad...*

Tal sonó en el mundo la voz de nuestros Pastores. Cerca de novecientos Obispos del mundo católico oyeron su clamor y sintonizaron con ellos. Casi cinco lustros después, ¿cuántos son los españoles que para enjuiciar una situación y unos hechos en que su religión y su patria no pueden estar más comprometidas dan más valor y hacen más caso a las divagaciones imaginarias de algún novelista que a los que fueron testigos de los hechos y guías responsables del pueblo de Dios?

Francisco SEGURA, S. I.

Al final del siglo XVIII, con la expulsión de los Jesuitas, la cultura valenciana decae. Hay una época de marasmo, que perdura hasta muy avanzado el siglo XIX. En esta caótica y baja época de decadencia cultural, se incuba el liberalismo.

El espíritu valencianista, obra del siglo XVIII, como continuador del siglo XVII, se nos aparece siempre como una continuidad de la tradición, viene siempre del pasado. No es ninguna extrañeza comprobar cómo en el siglo XVIII lo mantienen los descendientes de los *maulets* o carlistas del siglo XVII (Onofre Esquerdo y su hijo del mismo nombre, Carlos Ros que continúa la tradición familiar de sus parientes del siglo XVII, etc.). En cambio los botiflers introducen la cultura europeizante y castellana, aunque este injerto cultural fue a la larga beneficioso, ya que influyó en la elevación cultural de los tradicionalistas, les dio armas nuevas y más perfectas, afianzó los logros culturales, aunque inició un dualismo persistente durante el siglo XIX y parte del XX.

Siglo XIX: El valencianismo aparece en todos los tradicionalistas. Más tarde veremos como impregna todo el carlismo valenciano, que en el fondo era más valencianista de lo que se cree. La desvalencianización de ciertas manifestaciones del carlismo es cosa del siglo XX, y aún así ciertos programas carlistas valencianos de principios del siglo XX asustarían hoy en día a más de cuatro. Al lado de ese tradicionalismo carlista, había a principios del siglo XIX, un valencianismo levemente liberal que tenía dos orígenes: los represaliados por su colaboración con el gobierno de Suchet (1812, ocupación del ejército napoleónico), que fueron "depurados" al retorno de Fernando VII, a pesar de su origen tradicionalista-valencianista (el caso de Manuel Sanelo) y los francamente antifranceses entusiasmados con las Cortes de Cádiz, pero que sentían una tradición popular. A final del siglo XVIII había hecho su aparición un factor nuevo en la vida social: el pueblo o masas de la población más humilde, y sobre éste actuaban los liberales. Ello originó un acercamiento de los entusiastas del liberalismo a las posiciones ideológicas de los valencianistas, ya que la lengua del pueblo era la tradicional. Este contacto de los liberales con los valencianistas dio nuevos impulsos a la *Renaixença* (Escrig, Llombart). Y con ello llegamos a nuestras conclusiones: el valencianismo arranca de la Tradición de los siglos XV, XVI y XVII, es una continuación viva de lo que nunca murió, y ha persistido hasta nuestros días, pero sería también un error de no ver lo que debe a las influencias culturales recibidas en épocas posteriores. En el siglo XVIII los valencianistas eran Ros, Ximeno, Tosca, Sanelo, etc., pero Mayans, Cavanilles, etc., aportaron la cultura europea del siglo XVIII. Valencianista era Ros, no lo era claramente el sabio Mayans, pero Ros debe mucho a Mayans. La revolución francesa no tiene nada que ver con el valencianismo, pero algunos liberales, hijos suyos, impulsaron el valencianismo en el siglo XIX (Escrig, Lamarca, Boix, Llombart, etc.), porque era la única base de sustentación que tenían en su ideología, todo lo demás era pura fantasía de ideas trasnochadas. La prueba es que la gran masa liberal no valencianista (los de 1848, 1870, Blasco, republicanos, etc.), fueron siempre francamente antivalencianistas. Hubo, pues, una corriente valencianista, claramente perceptible en los siglos XVI

y XVII, que aparece claramente definida en el siglo XVIII, y que ha llegado a nuestros días, pero que ha recibido aportaciones de otros grupos y corrientes no valencianistas: algunos eruditos europeizantes del siglo XVIII, algunos liberales moderados (incluso clérigos) del período 1790-1820, algunos liberales del todo del siglo XIX, algunos republicanos del siglo XX, etc., todo esto hace que algunos pretendan explicar las causas a su manera, según su punto de vista. Es lo que ha sucedido en Cataluña cuando leemos las explicaciones de Almirall, Prat de la Riba, Rovira i Virgili, etc. No querrán reconocer que ellos se incorporaron a un movimiento histórico de raíces tradicionales más antiguas que las básicas de su ideología particular. Por otra parte no hay que perder de vista que hay también un movimiento continuo de cambios ideológicos: los descendientes de la nobleza medieval antiabsolutista no están ahora donde estaban sus antepasados valencianistas, ni mucho menos, sino en el más furibundo castellanismo antivalencianista, los descendientes de los *maulets* de principios del siglo XVIII tampoco, ni los descendientes de los carlistas del siglo XIX osaríamos decir que tampoco. En cambio es muy probable que la antorcha de la Tradición haya sido más eficazmente defendida por algunos botiflers del siglo XVIII y por algunos liberales del siglo XIX, que por otros más conservadores, pero también más estáticos: tenemos el caso de Llorente, descendiente de los funcionarios de ocupación de Felipe V, el caso de Sanelo descendiente de un emigrante italiano, el caso de Llombart (un republicano que sacrificó su republicanismo para aglutinar a los valencianistas, eliminándose él mismo a la hora de recoger honores y cargos), etc. Pero lo indiscutible de todo esto es que la fuerza valencianista arranca siempre de la Tradición de todo lo que se ha conservado, en primer lugar la existencia del pueblo valenciano, y ese pueblo no lo ha inventado nadie, viene de los siglos pasados, y son los elementos tradicionales de ese pueblo (lengua, religión, etc.), la base de todo valencianismo.

En resumen: creemos que Torres i Bages dio en el clavo al explicar los orígenes del catalanismo. Se trata de una corriente profunda que viene del pasado, es la Tradición. La única enmienda que cabe hacerle es que esa corriente ha tenido épocas de franco crecimiento, y aquí tocamos una cuestión importante: todo crecimiento y avance está relacionado con causas nuevas, causas demográficas, sociales, económicas, etc., y sobre todo culturales. Eso está claro en Valencia: De Ros a Sanelo notamos un salto sorprendente, y es que Sanelo ha recibido ya todo el esfuerzo cultural de los sabios valencianos del siglo XVIII y recibe los primeros frutos de Cataluña (Belvitges) en 1803. En Escrig (1842) notamos un avance, y en 1859 otro: los románticos impulsaron la situación cultural. En 1875 las influencias de Cataluña ayudan a dar otro salto y no digamos en el siglo XX: todo son saltos, en los que la influencia de Cataluña es evidente, pero todo se ejerce sobre una Tradición pre-existente, una cosa que ya existe, desde remotas épocas del pasado. No confundamos las causas impulsoras con la esencia de la cosa, ésta tiene raíces muy profundas, que en síntesis son la Tradición viva de todo un pueblo.

GUILLEM RENART I FERRIS

Valencia, mayo 1961.

# SENTIDO DE LA TOLERANCIA EN VAZQUEZ DE MELLA

Ahora se ha puesto de moda en algunos sectores dudar de todo y hasta sentir rubor en afirmar algo con seguridad. Resulta poco elegante para una persona culta la ostentación de sus convicciones, como si fuera una modalidad de un fanatismo, que no encaja plenamente con el talante intelectual.

No tendría mucha importancia este fenómeno si se circunscribiera a grupos sin proyección o se ciñera a temas técnicos en los que es muy conveniente una mayor libertad que raras veces puede comprometer los principios de eterna vigencia que alumbraron nuestra civilización y le dieron un tinte plenamente cristiano.

No ocurre, sin embargo, así. Y lo que se pone en juego con tanta y tan mal entendida tolerancia no es el caprichoso opinar de unos cuantos, sino las bases mismas sobre las que se asienta la Cristiandad. Se explica así que el demonio muestre tanto empeño en confundir las mentes y se haya metido tan a fondo en este asunto. Y que sea tan difícil para muchos, por otra parte muy abiertos a toda idea nueva, la comprensión de una serie de axiomas en verdad sencillos cuya plena aceptación procura un grato equilibrio a las mentes sinceramente ansiosas de poseer la verdad.

Vázquez de Mella tiene en sus escritos y discursos una densa doctrina sobre la tolerancia, una doctrina a la que él dio la vida con su propio ejemplo. Tiene más mérito y menos riesgo la afirmación de una teoría que uno mismo traslada a su modo de vivir habitual. Y Mella practicó en su trato íntimo, siempre cordial y teñido de una caridad cristiana auténtica, aquello mismo que afirmaba con su elocuencia extraordinaria. He ahí la oportunidad de su testimonio.

*“Ser tolerante con las creencias extrañas — escribía — es una de estas cosas: o creer que las propias son falsas y verdaderas las ajenas; o practicar lo contrario de lo que se cree, es decir, ser un hipócrita”.*

Mella aclara bien, en primer lugar, que la tolerancia o intolerancia hay que referirla a las ideas, a las creencias. El sabio que para congraciarse con otro que, piensa en algún punto lo contrario de lo que él ha descubierto con su investigación y esfuerzo, admite, sin más, que es cierto cuanto afirma su oponente, dará una triste impresión de su propio saber y poco o nulo crédito merecerá ante sus discípulos, que por tan pequeña cosa le vean vacilar. La amistad y la simpatía recíprocas, en este hipotético caso, no tienen porqué sufrir nada como consecuencia del mantenimiento firme de cada uno en su respectiva postura, mientras uno no disuada al otro de su error, supuesto que no estén equivocados los dos.

No cabe que el error se asiente a la vez en distintos contendientes ideológicos en punto a religión o a verdades básicas entroncadas con el mismo Derecho Natural, anterior y superior a toda Ley positiva. Algunos pretenden reducir a tan estrecho campo el ámbito donde la verdad universal impera con igual fuerza para todos, que quieren someterlo todo a discusión y a todo tratan de poner interrogantes con un espíritu hipercrítico que no reconoce la existencia de ningún principio inconcuso desde donde pueda partir un diálogo razonable y a veces

necesario. Así es cómo se fomenta otra de las plagas modernas, el escepticismo que, en feliz expresión de Mella *“es una interrogación que pone una pregunta sobre todas las cosas y la respuesta sobre ninguna”*. Sistema torturante para el alma que busca la última raíz de las verdades que perciben sus sentidos o su inteligencia, y que necesita un faro seguro a cuya luz busque, con esfuerzo propio y hasta con sacrificio, lo que necesita para la paz del espíritu, que sólo en la plena posesión de la Verdad puede encontrarse.

*“La tolerancia elevada a principio — sigue Mella —, es la psicología de Pilato convertida en ideal... Los héroes son unos hombres tan intransigentes que no encontrándose satisfechos con rechazar toda permuta entre el deber y la vida, han firmado en su corazón una alianza indisoluble entre la existencia y un honor que es hijo de la virtud. Los santos son unos hombres tan enamorados de Dios y tan rudamente intolerantes con el pecado que de Él aparta, que si transigen con las afrentas y toleran las injurias, es porque antes de recibirlas ya las han ofrecido al objeto de sus amores y las transforman en el sacrificio quemándolas en las llamas de la voluntad como granos de incienso que elevan al cielo su aroma”.*

Mella acepta y alaba incluso un tipo de tolerancia heroica: *“tolerar las injurias...”* *“transigir con las afrentas”*. No involucrar, en una palabra, el amor propio, el puntillo y el falso pundonor, a una ideología determinada y discutible, justificada históricamente o en una circunstancia que ya pasó; no hacer de la opinión propia en materias contingentes un falso dogma; no agarrarse a una conveniencia personal disfrazada de afirmación ortodoxa. Es un peligro muy sinuoso y una tentación harto frecuente que ha hecho insoportable una intolerancia, que dista mucho de ser la que enseñó y practicó el elocuentísimo tribuno español cuyo centenario estamos conmemorando.

El rigor sólo doctrinal que toda intolerancia lleva consigo, no puede hacerse extensivo, por sistema, a las personas que son víctimas de la errada idea que se trata de combatir. He ahí otro peligro que Mella sorteó airoosamente con su mismo proceder que le valió las simpatías y la sincera amistad de la mayoría de sus más feroces enemigos políticos. Un claro distingo se impone — es además una fundamental e insoslayable exigencia de la caridad cristiana — en este orden. Muchos resentimientos indisimulados se albergan a veces tras de una intransigencia que pretende ser santa y dista mucho de serlo comprometiendo seriamente hasta malograrla del todo, la posible eficacia proselitista de una idea recta y en sí misma fecunda. El furor es más que sospechoso si se dirige contra el hombre. El *“fortiter in re, suaviter in modo”* sigue siendo a todos los efectos y en todos los casos el módulo ideal para obrar con acierto en tan espinosa situación como la engendrada por confusionismos ideológicos que cierto tipo de intolerancia viene más bien a fomentar.

También en esto fue claro el decir de Mella: *“...es preciso no pelear sólo con la verdad para extenderla, sino también con la caridad y no flagelar al que no crea*

*con el látigo de la injuria, sino mirar antes que sus flaquezas son las nuestras y no cerrarle los brazos, que Cristo los tiene siempre abiertos”.*

En este texto es donde acaso mejor se resume la esencia del pensamiento de Mella sobre la tolerancia. Verdad y caridad fundidas, nunca contrapuestas. La táctica y las maneras no quedan subestimadas porque en sí mismas tengan menos importancia que el contenido de la doctrina a que sirven. Caridad que no es blandenguería; verdad que no ha de significar acusación y tono inquisitivo. Energía máxima en la defensa de lo que es realmente sagrado y pertenece al depósito de la fe, a la mo-

ral o a principios eternos de universal aplicación a muchas disciplinas; suavidad y comprensión en tantos y tantos aspectos discutibles donde el amor cristiano encontrará siempre puntos de contacto para un diálogo fecundo que acerque a la verdad a quienes, a lo mejor sin culpa, viven alejadas de ella.

Que cada uno busque dentro de sí y a la luz de un pensamiento tan claro, rubricado por una vida entera entregada a la defensa íntegra del ideal cristiano, el fallo posible de sus actuaciones proselitistas ante un mundo que necesita de todos los hombres de buena voluntad para salir de la confusión en que está inmerso.

ROBERTO COLL VINENT

## LA ERA DE LA TECNICA Y EL MATERIALISMO

El pedagogo Wilhelm Foerster, ex profesor de Zurich, Viena y Munich, acaba de lanzar un diagnóstico tremendo sobre la civilización actual, diagnóstico que por estar bien fundado requiere la más severa meditación. Señala, por ejemplo, en forma de conclusión: “no cabe duda de que nuestra civilización tiende a servir, cada vez con mayor refinamiento el lado material de la naturaleza humana: los grandes almacenes parecen ser las catedrales de nuestra cultura”. Esta última frase sumaría tan expresiva en su corte sintético expresa el hecho de que los grandes almacenes llenos de todos los refinamientos que la técnica procura al insaciable apetito de los hombres, adquieren la categoría de símbolos. Hacia ellos convergen las miradas y las preocupaciones más acuciantes de nuestros contemporáneos. Son por tanto el corazón de nuestra cultura que recoge los esfuerzos de la humanidad que por la mediación del dinero abastecen todas las necesidades. De aquí que las principales aspiraciones del hombre actual puedan encuadrarse en el marco estrecho de un brillante escaparate. Este ambiente general repercute gravemente en la perspectiva y en la constelación de valores que mueven las voluntades de los jóvenes. “Con visión no menos certera — prosigue Foerster — percibe hoy la juventud el papel tan secundario que des-

empeñan en los cálculos y acciones de los hombres modernos las fuerzas religiosas y morales de que oye hablar en las clases de religión: en todas partes son hoy los valores tangibles y mensurables los que en realidad se toman en cuenta.” Cuando las gentes se admiran de la rapidez con que se expande hoy el comunismo, olvidan explicarlo por el hecho de que el comunismo se desliza sobre una plataforma de materialismo convertido en dialéctica y en fuerza motriz de la historia. El comunismo es una concepción de la vida que recorta todos los horizontes del hombre reduciéndolo a cantidad, peso y medida. Si a esta estructura material se le agregan los instintos y todas las apetencias y se encuentran estas satisfechas en el orden social político y económico del mundo actual, resulta que la ideología comunista apenas es otra cosa que una explicación dialéctica de una conciencia difusa muy generalizada, de tinte materialista, en la que el mundo de la religiosidad y del espiritualismo ha visto violadas las líneas de separación y ha consentido ser inundado. Incluso el desbordamiento de las pasiones con el “hambre de carne” que lo expresa, tiene esta misma explicación en el agudo diagnóstico del pedagogo citado: “La esencia de esta crisis estriba, no ya en la pujanza de la vida sexual, sino en la circunstancia de que el hombre moderno desco-

noce en absoluto las razones que puede haber para resistir”. Esta ideología tan influyente en la juventud ha encontrado expresión literaria en la obra teatral de Tennessee Williams, para el cual el factor sexual es el quicio imprescindible y exclusivo de toda posible felicidad. De aquí se deriva también la prisa por vivir y agotar todos los placeres accesibles evitando los tiempos de reflexión y cualesquiera responsabilidades.

El hombre occidental y su mundo ofrecen este flanco débil, esta pista de deslizamiento, por la que el comunismo juega sus piruetas, embriaga y fascina a los jóvenes y a los pueblos inmaturos y aparece triunfante donde menos podría esperarse. Una civilización volcada totalmente hacia el hedonismo le ha preparado el lecho para las bodas del comunismo con la civilización occidental.

### *Los católicos ante el mundo de la técnica*

Esta dolorosa situación sensible para muchos espíritus despiertos en distintas partes del mundo ha provocado una consideración especial en la XIII Asamblea Plenaria del Movimiento internacional de intelectuales católicos. El resultado de la indagación hecha cerca de los científicos y técnicos que participaron en esta Asamblea se ha publi-



cado en una obra con el título de "Foi et technique" (Librería Plon., París).

Voy a extraer algunos de los resultados de esta indagación, que me parecen aleccionadores. En primer lugar todos los países de más desarrollo técnico de Europa y de América, se plantean con urgencia cada vez mayor el problema de la "escasez de técnicos", capacitados y de investigadores orientados hacia la técnica. Los éxitos alcanzados por la técnica rusa — por el materialismo dialéctico del comunismo ruso — opera con un efecto fascinador sobre todo el mundo occidental y parece lanzarle abiertamente a una competencia en ese mismo terreno. Es decir, sumariamente dicho: el comunismo propone los objetivos, señala los métodos y elige el campo de operaciones, y el mundo occidental asume esos mismos postulados y acepta la batalla de la competencia en el mismo terreno en el que los rusos la plantean.

Una excepción la señala únicamente un corresponsal de Saigón, según el cual en el Viet-nam sobran ingenieros y los bachilleres en ciencias sobrepasan cuatro veces a los bachilleres de letras. Esto ocurre en un país donde la ciencia está todavía poco desarrollada y apenas existe la técnica; pero, a pesar de ellos el sentido de la cultura general mantiene la primacía de la formación filosófica y literaria, en suma, la formación humanista, sobre la puramente técnica. En la India los jóvenes se orientan particularmente hacia las ciencias, ingeniería y economía en especial.

Respecto de la actitud de los católicos en este dilema de técnica y humanismo, las respuestas son muy distintas. En general no difieren mucho de las tendencias prevalentes en los no católicos, lo mismo en países de predominio católico, como Austria, Bélgica, Francia, Italia, Uruguay, que en los de cristiandades menos numerosas y más recientes, como la India, Hong-Kong. La decisión se determina principalmente por factores de orden económico y social más que por factores de orden religioso. Ya es, tristemente sintomático que estos factores religiosos tengan una eficacia secundaria en la determinación de seme-

jante jerarquía de valores, entre técnica y humanismo.

En países donde el catolicismo es minoritario, la situación de inferioridad social y económica, influye en la inferioridad intelectual de los mismos católicos. Las respuestas señalan que en Gran Bretaña, Países Bajos y Estados Unidos, los católicos sienten un notable desdén hacia las carreras científicas y técnicas. Para citar únicamente algunas cifras precisas, me fijo en los Países Bajos, donde de cien universitarios católicos, sólo el 31 por ciento eligen una especialidad científica y éstos son en su mayor parte hombres de más de 50 años, mientras que entre los de menos de 40 sólo llegan al 45 por ciento. Entre los protestantes, el número de los que se dedican a las carreras científicas es el doble y entre los agnósticos, más de dos veces de la población que les correspondería respecto de la población total del país.

En Estados Unidos es la minoría judía la que proporciona la mayor parte del personal científico; en Francia los protestantes son inferiores en este aspecto a los católicos.

#### **Las razones económicas y sociales**

Ya he señalado anteriormente que la razón determinante de esta preferencia, incluso en los mismos católicos es de índole social y económica. En Gran Bretaña y en los Países Bajos se cita la dispersión, la distancia de los centros universitarios y la pertenencia de los estudiantes a familias económicamente débiles. Ahora bien, como es sabido, los estudios científicos son generalmente más largos y costosos que los estudios literarios y esto tiene una gran influencia. Sigue después una razón de carácter social que es la tradición familiar y el prestigio de algunas profesiones.

Estas mismas razones influyen en sentido contrario en los Estados Unidos, Hong Kong, la India, Norte de Italia, Líbano y Uruguay, donde las profesiones técnicas y de ciencia aplicada, aseguran a los profesionales un mejor porvenir que las profesiones literarias. En estos países los católicos conscientes suelen elegir ya las ciencias humanas, porque su objetivo es el servicio del

hombre, o la técnica, considerada como servicio del prójimo y colaboradores del bien común. En ambos casos, el acento lo dan los valores humanos y sociales de profesión. Este resultado se señala para Bélgica, Colombia y Líbano, donde por ejemplo la preferencia por la Medicina se decide en virtud de la función social del médico.

Otras causas más graves todavía pueden citarse como resultado de muchas respuestas. Por ejemplo, la atmósfera de sospecha de los católicos contra la ciencia, sospecha que era dominante durante el siglo XIX y que prolonga sus efectos en el primer cuarto del siglo XX. Este prejuicio se señala, en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Países Bajos y menos todavía en Italia. La ciencia aparece motejada de tufo materialista porque los "scientistas" veían en el progreso científico y técnico un medio de "vaciar" al mundo de Dios, lo que provocaba en los católicos una actitud de desconfianza, juzgando peligroso para la fe los estudios científicos. En Gran Bretaña han sido muchos obispos los que han combatido este prejuicio, tratando de integrar la ciencia en la vida total del hombre religioso, a pesar de lo cual no han podido apenas sobreponerse a la influencia que en sentido contrario han ejercido algunos escritores como Hilaire Belloc, o G. K. Chesterton, que consideran la ciencia como prácticamente incompatible con la fe.

Los católicos norteamericanos se dejan arrastrar últimamente por la campaña nacional en favor de la técnica suscitada al conjuro de los éxitos soviéticos. Ahora por todas partes, entre católicos, lo mismo que entre protestantes, se levanta la bandera de enganche de nuevos técnicos y de investigadores, a pesar de lo cual todavía suenan, aisladas y extrañas algunas voces católicas que en medio de esta corriente nacional apelan tímidamente a la importancia de los fundamentos espirituales de la cultura, como si el cultivo de éstos fuesen incompatibles con una dedicación también entusiasta a la ciencia y a la técnica. Diríase que no se acierta a integrar la ciencia y la técnica en la vida total del hombre religioso.

# MANUEL DE MONTOLIU, EL HUMANISTA

¿Habrà desaparecido el "último romántico del saber literario", como Guillermo Díaz Plaja llamó, con frase atinadísima, a Manuel de Montoliu? Yo soy optimista y me percato de que la lección sublime — de silencio y laboriosidad, un trabajo sin efectismos, pretensiones ni alharacas, que buscaba en la literatura a la humanidad, y al alma del hombre y de los pueblos — no se ha marchado sin dejar una estela perdurable.

El primer recuerdo que conservo del humanista, data ya de hace más de veinte años. Don Manuel de Montoliu me recibió en el piso que entonces ocupaba en la Avenida de la República Argentina. En su despacho — murado de libros como torres de serenidad — se metía el sol dorado de un gozoso mediodía barcelonés. Aquella conversación, aquel coloquio, fue la primera lección de estética y de creación literaria que recibí de sus labios. Rodearon los años, continué visitándole, persistía en mí, inmaculado, el recuerdo de aquella primera entrevista. Y ahora, sólo hace un par de años, uno de nuestros últimos coloquios — largas conversaciones sobre temas de Literatura y de Filología, se desarrolló en el marco de claridad de la ciudad de Tarragona. Estábamos sentados en el Paseo del Mar, bajo los achaparrados árboles de un charol exótico, y mirábamos, y nos bañábamos casi en toda la luz del Mediterráneo.

Me complace mucho unir la figura de Montoliu al paisaje tarraconense. Este escenario es amplio y luminoso, como una vocación del universo. Tarragona, no en balde, es una ciudad universal, imperial, mediterránea. Y en Montoliu lo que yo admiraba, y admiro con más fruición, es su vocación de totalidad, porque se hallaba — se halla, en el polo opuesto a toda mutilación espiritual.

Era un filólogo y un crítico; era, por ende, un especialista; pero en él la Ciencia no aparecía teñida por la peligrosa, y a menudo inevitable, mutilación. Dolorosamente, y más que por falta de empeño por humana limitación, todos podemos sentirnos un día el espíritu cortado, empujado, si no decapitado por la minuciosidad.

Saber hoy no es como en otras épocas; saber hoy supone delimitarse, marcarse un campo, no salir de él. Si de él salimos, a la postre, y sin darnos cuenta, nos desparramos, y no nos queda ya nada en las manos.

Sólo los espíritus poderosos, verdaderas almas de águila, son capaces de superar el dilema. Y ese gran Don Manuel de mi azul medallón de Tarraco, se ciñó y voló, voló pero se ordenó, aspiró al universo sin traicionar al límite, a la especialización, a la Patria.

Su ciencia filológica se acrisoló en su estancia alemana en la Universidad de Halle an Saale, junto con monseñor Antonio Griera y Pere Barnils. Pero así como la ciudad mediterránea nos brinda una invitación a la infinitud del horizonte abierto, la Filología no supuso para el maestro un empujamiento de la profundidad de su alma.

Ese imperialismo cultural, ambición noble, corazón de acero, es lo que muchos no han comprendido en Montoliu. Examina éste una Cultura, se enfrenta con una Historia Literaria; pero de lo que se trata no es ya puramente de los valores técnicos y estéticos. Montoliu no para hasta la totalidad que explica el hecho creador; y, como tiene una vocación de humanista, su pluma no se sacia hasta presentarnos la imagen entera del hombre.

Junto a la de éste, la plenitud de la Patria. Montoliu es humanista de signo reciamente español. Escribió en castellano y en catalán, y fue historiador de las dos culturas hispánicas. Sólo una mirada miope podría desconocer los intensos valores de signo españolísimo que encierra su magnífico estudio sobre "*Aribau i la Catalunya del seu temps*". Y sólo una imperdonable estrechez de miras podría desconocer que esos trabajos de signo catalán, hallan su complemento en obras como "*El Alma de España*", verdadero estudio espiritual de España desde lo hondo, desde lo más profundo que justifica su existencia.

Montoliu, que no desdeñaba los estudios de técnica, no para hasta trazarnos un tratado espiritual de todo lo español: de lo catalán y de lo castellano. Uno de los mejores estudios sobre la perduración del Estoicismo en el pensamiento español, lo tenemos en uno de los amplios capítulos del "*Alma de España*".

Con alma de filósofo, con formación de historiador y de teólogo, Manuel de Montoliu, "romántico del saber literario" y humanista integral, es una lección involuadable para las nuevas generaciones que quizá todavía anden a tientas en busca de una orientación imperecedera.

Francisco SALVÁ MIQUEL

## SUMARIO

- "A los trabajadores de todo el mundo.** Discurso de S. S. Juan XXIII,  
**La Consagración al Corazón de Jesús en el Japón de hoy** (De las Memorias del P. Arrupe)  
**Realidad y mensaje del Tibidabo,** por Antonio Berdeguer, S. D. B.  
**Para ser Jesús, hubo de ser Cristo** (Glosa a la «Haurietis aquas») por Roberto Cayuela, S. I.  
**La oración de Consagración,** por Carlos Rahner, S. I.  
**La Iglesia y el Alzamiento Nacional,** por Francisco Segura, S. I.  
**Valencianismo y tradición valenciana,** por Guillem Renard i Ferris  
**Sentido de la tolerancia en Vazquez de Mella,** por Roberto Coll Vinent  
**La Era de la técnica y el materialismo,** por Jesús Sainz Mazpule  
**Manuel de Montolú, el Humanista,** por Francisco Salvá Miquel